

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

AÑO 14. — N° 153.

SUMARIO.

Celebracion en Tolon, el 7 de noviembre, de un servicio fúnebre en honor de los soldados muertos en la Crimea; grabado. — España y América en la Exposicion Universal de Paris. — Revista de Paris. — Kinburn; grabados. — Modo de trillar el trigo en el Mediodía de la Francia; grabado. — El Napoleon; grabado. — La calle del Mal Consejo. — Exposicion Universal de la Industria. — Panorama a vista de pájaro de los Campos Eliseos durante la Exposicion Universal; grabado. — Pepita. — Nuestra Señora de Fourvieres; grabados. — Discurso pronunciado por D. Juan Eugenio Hartzenbusch en la apertura de la escuela normal de Madrid. — La Sensitiva. — El amor y el ovido. — Modelo de ómnibus adoptado por la ciudad de Londres; grabados.

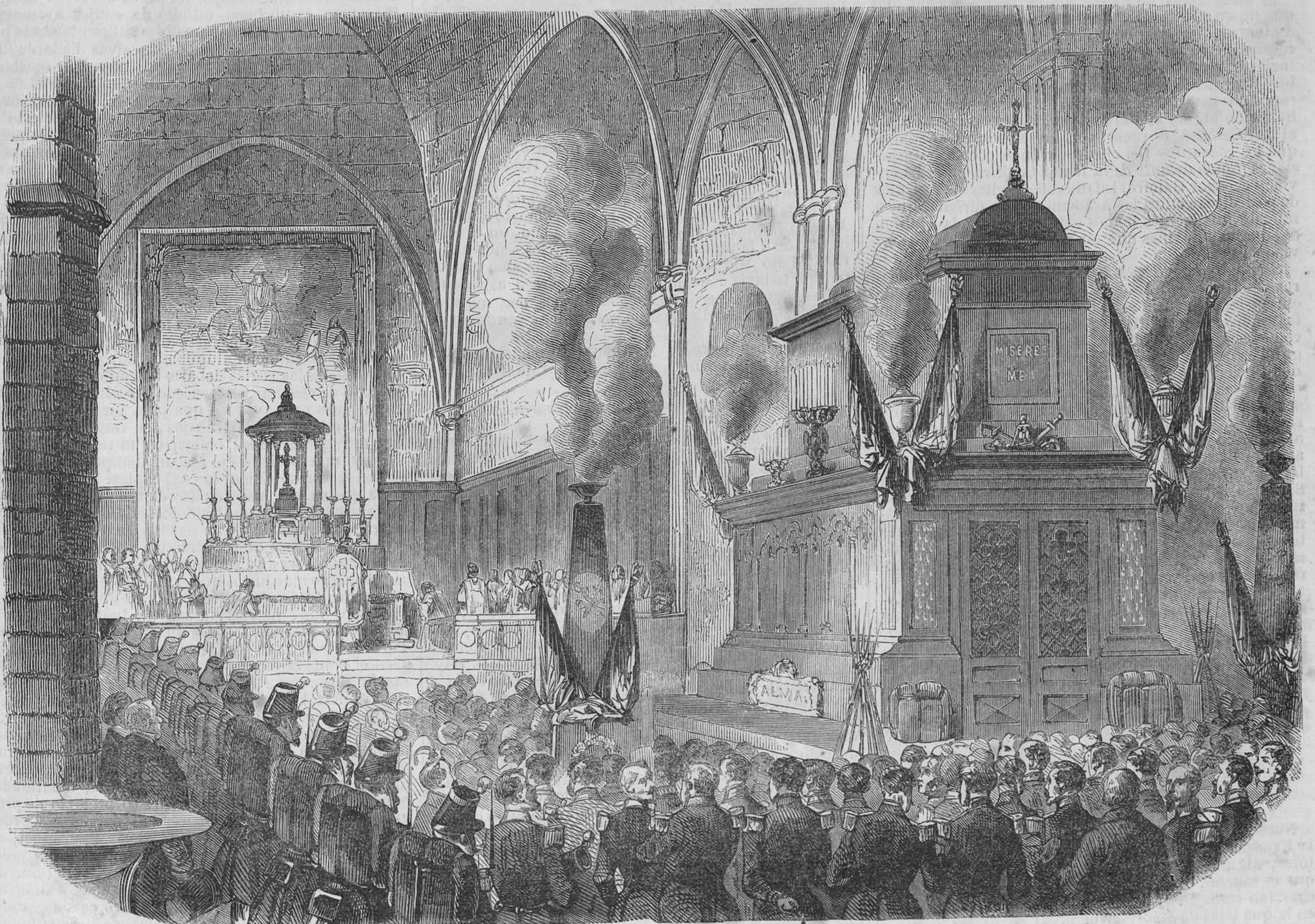
España y América

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.

(Artículo segundo).

Son notables las obras de D. Joaquin Becker, de Sevilla, por una gracia particular y mucha delicadeza de observacion: es lo que podemos llamar todo un buen pintor de costumbres. Nuestros majos y nuestras gitanas, los calientes y pintorescos paisés de Andalucía no

tienen un intérprete mas fiel ni mas *característico* que el señor Becker, lo cual no impide que dibuje perfectamente, á diferencia de otros muchos aspirantes al título de pintores de costumbres y *de género*, que no parece sino que creen que para reproducir escenas populares no se necesita saber una palotada de dibujo, ni de perspectiva, ni de nada de cuanto constituye el difícilísimo arte del pintor, siquiera lo sea de asuntos llanos y aun bajos. No decimos esto por el señor Lúcas (D. Eugenio), que ha presentado un bonito episodio de la revolucion de julio en Madrid y una corrida de toros, llena de luz y vida: tampoco lo decimos por



Celebracion en Tolon, el 7 de noviembre, de un servicio fúnebre en honor de los soldados muertos en la Crimea.

los señores Espinosa y Castellano (D. Manuel) que uno y otro nos han enviado escenas tauroráquicas de mucho efecto, algunas de *demasiado efecto*, como los *Caballos muertos en una corrida*, grupo repugnante en demasía y en el que es lástima que haya ejercitado su fácil pincel el señor Espinosa. Añadamos que por regla general, hay en todos estos cuadros de toros y toreros ciertas exageraciones de lo que hoy se llama *colorido local* y antes se llamaba *carácter*, que deben dar á los extranjeros una triste idea de la raza andaluza: las caras y sobre todo las actitudes de los personajes en ellos representados, mas que de hombres, parecen de monos. Recuerdan sin duda la naturaleza, pero en caricatura: aquellas patillazas disformes, aquellas cinturas quebradas, aquellas pequeñas y rugosas frentes, aquel color verdiciego subido, aquellos ojillos de papión enfadado, tendrán ciertamente dechados vivos entre la gente torera, pero rogamos á los franceses y sobre todo á las francesas que no vean en ese *echantillon* tan desazraciado el verdadero tipo nacional. Somos mejores que eso, por mas que digan, ó mas bien por mas que pinten lo contrario.

Los dos hermanos Ferrant (D. Fernando y D. Luis) están representados en la Exposición por obras de mucho mérito. Los cuatro grandes países del primero y el cuadro del segundo que reproduce una de las obras de misericordia (*Enterrar á los muertos*) son de lo mejor que ha enviado España á París. Este cuadro forma parte de una colección de composiciones sacadas del divino código de la caridad, colección encargada al autor por S. M. el rey D. Francisco de Asís, inteligente amigo de las artes y favorecedor constante de los artistas de mérito. En el real palacio de Madrid hemos tenido ocasión de ver algunas de aquellas composiciones, habiéndonos deleitado especialmente por su buen colorido y la gracia de las figuras, las dos tituladas *Dar posada al peregrino* y *Dar de beber al sediento*. Iguales dotes, juntas á un carácter elevado y austero, resplandecen en la que el autor ha enviado á la Exposición. Otros dos hermanos, los señores Lopez (D. Bernardo y D. Luis) han presentado varios retratos, y el segundo además una composición alegórica (*la Apotheosis del malogrado príncipe de Asturias*) y la despedida de Napoleón y de la reina Hortensia en el palacio de la Malmaison. En todas esas obras se descubre gran práctica del arte y un pincel ejercitado en la escuela del acreditado pintor valenciano D. Vicente Lopez, padre y maestro de ambos. Arrebatado al arte y á sus numerosos discípulos hace algunos años, el señor Lopez, padre, pasa por una de nuestras escasas ilustraciones artísticas de este siglo.

El señor Tegeo no ha enviado á la Exposición mas que un cuadro, muestra insuficiente y no bien elegida á nuestro juicio, para dar una idea cabal del verdadero mérito de su autor: obras suyas conocemos mucho mejores, sin que por eso deje esta de ser muy apreciable. Representa al célebre fanático Ibrahim-el-Djerbi, conocido por *el Moro Santo*, en el momento en que habiendo herido al duque de Braganza creyendo herir al Rey Católico, es preso por los guerreros cristianos que los rodean. — Del cuadro, grande por sus dimensiones (*Colon delante de la Reina Católica*), que ha enviado el señor Galofre, infatigable escritor de artículos de periódicos contra las Academias, solo diremos que á muchos inteligentes hemos oído aventurar la opinión de que valiera mas que su autor no lo hubiera enviado á París.

Santa Agata y Santa Filomela, por el señor Gutierrez de la Vega (D. José) son dos buenas muestras de esa moderna escuela sevillana, empeñada en perpetuar las tradiciones murillescas, y que realmente reproduce con suma gracia, aunque exagerándolas á veces, las grandes cualidades de nuestro inmortal Murillo. El señor Gutierrez es el mas hábil y acreditado maestro de esta escuela, á la que entre otras cosas no puede negarse el mérito de la nacionalidad: por eso nos es muy simpática, y deseamos por su bien que sin dejar de dar al colorido la alta importancia que sin duda tiene, atienda algo mas al dibujo, que es lo que pudiéramos llamar su lado flaco. Una vigorosa marina del general Santiago Rotalde (D. Leonardo), única obra en su género que se ve entre las que ha enviado España, llama por esta circunstancia y por su indisputable mérito la atención de los inteligentes. Llámala del mismo modo por la vivacidad y gracia de su colorido las bonitas *flores* de los señores Jubany y Mirabent.

Para concluir esta rápida reseña de nuestros pintores que han enviado obras á la Exposición, réstanos citar con elogio á los señores Mendoza, Blanco, Arrau, Franter, Gato de Lema, Rocafull, y á la señorita doña Matilde de la Peñuela (Habauera), á quien no por ir la última en nuestra lista consideramos la última en mérito. Su propio retrato hecho por ella misma, y su *Es-pigadera* son obras que no se desdenaría de firmar un artista de profesion.

III.

LOS PINTORES AMERICANOS.

Nuestra España pictórica está representada pues en la Exposición Universal de París por treinta y un pintores, algunos de relevante mérito: convengamos en que es mucho, ó á lo ménos, no es poco para una nación tan trabajada por todo linaje de calamidades, y en la que lejos de favorecer el progreso de las bellas-artes, todo lo *contraria* hasta un punto increíble. Y téngase presente que á ese número habria que añadir

varios nombres ilustres, si todos nuestros pintores de crédito hubiesen respondido al llamamiento de la comisión que dignamente preside el príncipe Napoleón. — Veamos ahora lo que ha presentado en punto á pintura la América española.

Mas antes de pasar adelante, hé aquí las líneas que en un librito muy ingenioso, pero muy superficial, titulado *Viaje por la Exposición de Bellas-Artes*, dedica su autor M. Edmundo About á las obras presentadas por los pintores americanos. Advertimos que tal cual es, dicho librito se nos figura lo mejor y lo mas sensato que sobre el particular se ha publicado en París. Por ligero que parezca este juicio, tengan por cierto nuestros lectores que no lo es mucho para lo que aquí se estila: además, creemos que es el único de que aquellas obras han sido objeto hasta ahora, pues hasta el mero hecho de *obtener un juicio*, bueno ó malo, breve ó largo, es en esta Babilonia un señalado favor, que no siempre se alcanza de la crítica gratuitamente. Este es un rasgo característico de las modernas costumbres literarias en Francia, y casi casi, en todas partes. No todo el que lo desea logra ser *criticado*: por eso vamos á consignar aquí el citado juicio, que al cabo es una señal de justo aprecio á los artistas á quienes se refiere. Dice, pues, así M. About:

« Dos pintores peruanos que están estudiando en París, han intentado con bastante acierto un ensayo de colorido local: hablamos de los señores Merino, discípulo de M. Monvoisin, y Laso, discípulo de M. Gleire.

» La *Parada (Halte) de unos Indios peruanos* es una pintura curiosa, cuyo asunto es francamente exótico. Aquellos salvajes tan largos, flacos y nervudos, cubiertos de un ancho sombrero y embizados en una colcha, aquella vagilla extrafalaria, aquellos cacharros fantásticos, aquel banquete de maíz y guindilla, aquel país tan salvaje como sus habitantes, aquel cielo gris jaspeado de largas fajas sombrías y muy diferente del cielo peruano que nos pinta nuestra imaginación, tantos pormenores estudiados con esmero y expresados con cierto vigor, dan á este cuadro el interés de un capítulo de *Viajes*.

» Mucho ménos me gustó *an Cristóbal Colon y su hijo recibiendo la hospitalidad en un convento*. Si el libro de la Exposición no nos dijese lo que el señor Merino ha querido pintar, el cuadro no se explicaría por sí mismo: se le figura á uno que está viendo á un padre en el acto de meter á su hijo en un colegio de capuchinos. Colon tiene una fisonomía dura y un aire brutal; coge á su hijo por el brazo como para tirárselo á la cara á los frailes. El muchacho, pálido y enteco, procura cobijarse debajo de su padre, como para pedirle perdón. Los frailes tienen la sonrisa friamente amable de los directores de colegios de cuairdo reciben las visitas de los padres.

» El señor Laso ha representado á un habitante de las Cordilleras, de oficio alfarero; ¡Magnífico alfarero! parece un jesuita español, con su larga hopalanda negra ribeteada de colorado y su sombrero de teja con cintas historiadas: lleva en la mano un muñeco de barro cocido, probablemente su obra maestra. — ¿quién sabe? tal vez un retrato de familia. Todos nuestros alfareros van á tenerle envidia, porque desde tiempo inmemorial *el alfarero tiene envidia del alfarero*.

» Es fama que M. Charton, el dignísimo director del *Museo pintoresco*, es quien ha introducido en el Perú la afición á la pintura. Los cuadros de los señores Merino y Laso son un excelente estreno de una nación novicia todavía: acaso algun dia, merced al talento de los pintores peruanos, conoceremos por nuestros propios ojos las bellezas de su país y las costumbres de sus habitantes.»

Este curioso juicio de M. About está consignado en su obra bajo el no ménos curioso epígrafe siguiente:

Cocina peruana. — Alfarero extraordinario.

Aunque excéntrico en las formas, este juicio nos parece muy racional en el fondo, y estaríamos del todo conformes con él, si el autor añadiese que tanto el señor Laso como el señor Merino son buenos coloristas. También nos ha parecido que hubiera hecho bien en completarle dando una idea á sus lectores del único cuadro que ha enviado á París la República mejicana, y así hubiera cumplido por entero con la parte americana española de la exposición de pinturas. Acaso no le ha parecido bastante importante la *Mujer adúltera* del señor Cordero (D. Juan) para hablar de ella; sin embargo no nos parecería justo tanto desden. Hay en el cuadro del señor Cordero algunas cosas dignas de elogio: desde luego se descubre en él buen estilo. Hay dignidad y cierta elevación en la figura del Salvador; la actitud de la mujer es algo violenta, pero su dibujo es correcto y el fondo de la composición está bien entendido. En suma, sin ser una obra de primer orden, el cuadro del señor Cordero es ciertamente una producción apreciable. Si el delicioso arte de la pintura está en Méjico y en las demás Repúblicas americanas á la altura que indican este cuadro y los de los señores Merino y Laso, no acertamos á explicarnos el corto número de producciones con que esta representada América en la Exposición. Seis cuadros nada mas, obra de tres solos pintores, es realmente muy poco para tantos países, de cuyo grado de cultura nos dan una idea muy ventajosa los productos de su industria. Semejante penuria es tanto mas de notar cuando se considera que esos países no han dado señal de vida por lo tocante á ninguna otra de las bellas-artes. Acaso, por una parte, la distancia á que viven del teatro de la Exposición, y

por otra el natural temor de no poder competir con los artistas europeos, unido todo al poco interés que debe tener por ellos el ser mas ó ménos ventajosamente conocidos en el viejo mundo, haya retraído á los artistas del nuevo de enviarnos sus obras. Así lo suponemos y lo deseamos por el crédito artístico de nuestros hermanos de Ultramar.

IV.

ESCULTURA Y ARQUITECTURA.

Cinco escultores españoles han enviado obras á la Exposición. Citemos en primer lugar las del señor Ponzano (D. Ponciano), no tanto por su importancia, pues son meramente retratos en busto, (con excepción de una sola figura que luego citaremos) cuanto por el respeto debido á un nombre justamente acreditado con grandes trabajos en España y en Italia: es uno de ellos el magnífico frontón del Congreso de los Diputados en Madrid, monumento digno de competir con lo mejor que en su género poseen París, Londres y Munich. Hemos dicho que las obras de este artista enviadas á la Exposición, no son, salvo una, mas que retratos de medio cuerpo, indicando así nuestro sentimiento de que no haya presentado producciones de mas empeño, como hubiera podido, y que ciertamente habrían hecho mucho honor á España; pero ahora debemos añadir que el mérito de aquellos es bastante para dar á los inteligentes una idea de lo que vale y alcanza el autor. Dala igualmente, aunque no en las salas de Bellas-Artes, sino en las de la Industria, porque como fundida en bronce dorado se ha considerado producto industrial, una excelente estatua de este autor, que representa á la malograda infanta doña Luisa Carlota, madre del rey, en actitud de orar, obra hecha por encargo de S. M. para el soberbio sepulcro de aquella augusta señora que ha de colocarse en una de las capillas de la iglesia de San Lorenzo del Escorial.

Dos pensionados en Roma por la Academia de San Fernando, los señores Paniucci y Rodriguez han presentado, aquel una buena estatua de Penélope, este una de Licurgo, ambas perfectamente modeladas. El mismo mérito, unido á una gracia extremada que forma el rasgo característico de las producciones de este autor, recomienda los dos grupos en mármol del señor Vilar (D. Manuel) que representan unos niños jugando con unos perros: no hemos visto en su género cosa mas linda ni ejecutada con mas primor y delicadeza de estilo al mismo tiempo. La *Diana* del señor Cort, de Barcelona, es un buen estudio de mujer hermosa si bien dista mucho de dar una idea suficientemente poética de aquella casta deidad de las selvas. Fáltanle juntamente elevación y movimiento; pero hay morbidez en las carnes y los paños están bien estudiados.

Los arquitectos tienen desgracia en las exposiciones, porque solo pueden juzgarlos con algun acierto *los muy inteligentes*, y sabido es que estos son siempre la minoría en todas partes. — ¡hasta en las academias de arquitectura! ¡Cuántos practican esta noble arte sin entenderla, es decir, sin comprender la *razon* de lo mismo que ejecutan como unos meros maestros de obras, sin formarse idea de la belleza armónica que puede presentar un conjunto de líneas! El público, sobre todo, no ve claro ó ve al revés en aquellos grandes planos de papel llenos de cuadritos de varios colores y tamaños, dispuestos en forma cabalística, representación convencional de la altura, planta ó corte de los edificios: — en los dibujos mismos que representan estos edificios, suele pagarse de los que parecen mas bonitos y están mejor iluminados aun cuando pequen contra todas las reglas del arte y sean en realidad imposibles de ejecutar. Así sucede y realmente es lo natural, pues no hay duda que para juzgar con algun criterio esta clase de trabajos, se necesitan estudios que muy pocos tienen obligación ni necesidad de poseer, y una paciencia ó sea un tiempo que no todos tienen á su disposición, lo cual explica la desairada figura que suelen hacer en las exposiciones de bellas-artes los dibujos arquitectónicos. Casi nadie acude á examinarlos, por la razon sencilla de que su vista recrea poco, al paso que el atractivo de los cuadros y de las estatuas está al alcance de todo el mundo. Seamos sin embargo mas justos que el público y detengámonos un momento delante de los excelentes trabajos presentados por los señores Madrazo (D. Juan), Gándara y Villar, que creemos son los que mas han llamado en París la atención de los inteligentes. Aplaudamos también el noble celo con que los jóvenes arquitectos citados, lo mismo que los señores Aranguren, García, Cornejo, Muñoz, Fernández, Ortiz, Salces, Uibarri y Vega, se afanan por restaurar, aunque no sea mas que en el papel, los derruidos monumentos de nuestros siglos medios, gloria imperecedera de España y que una imperdonable inercia está dejando destruir lastimosamente, cuando no ayuda á su ruina con desatinadas reformas y bárbaras demoliciones só pretexto de *pro-greso*. El señor Inza se ha encerrado en sus recuerdos clásicos de la antigua Roma; el señor Peyronnet, en diez grandes planos, nos ha presentado un proyecto completo de restauración de la catedral de Palma, de Mallorca. Todas estas obras prueban que el estudio de la arquitectura obtiene hoy en nuestro país la preferente atención que no puede negarle ningún pueblo culto; pero ¿de qué sirve que tengamos tantos arquitectos (pues á los catorce que hemos citado como expositores, podrian añadirse casi otros tantos de indispu-

table mérito que nada han enviado á Paris), si no tenemos obras públicas en que emplearlos, ni es posible que las tengamos interin no se comprenda bien en España por todos los gobiernos que las Bellas Artes son una verdadera necesidad para los pueblos?

EUG. DE OCHOA.

Revista de Paris.

Otra visita augusta tenemos que señalar hoy como el acontecimiento principal de la semana. El rey Víctor Manuel que salió de Génova el 20 de noviembre llegó á Paris el 23 acompañado de un séquito numeroso en el que se hallaban los principales hombres de su ministerio. Despues de la recepcion que hizo Paris á la reina Victoria, nada puede hacerse ya que merezca el título de ostentoso; sin embargo, el recibimiento oficial ha sido cual debía esperarse tratándose de un soberano extranjero aliado de la Francia. El Emperador mandó tres edecanes suyos á Marsella para recibir al rey del Piamonte, los cuales le acompañaron á Paris y permanecieron á sus órdenes todo el tiempo que duró aquí su residencia. El embarcadero del ferro-carril de Lyon estaba adornado espléndidamente, y seis coches de la corte esperaban á Su Majestad y su comitiva para trasladarles á palacio. Esta vez se había variado el eterno itinerario de los boulevards; desde el embarcadero del puente de Austerlitz, la comitiva siguió los muelles hasta el Hotel de Ville y luego la calle de Rivoli hasta Tullerías. No obstante los parisienses esperaban el paso del rey de Cerdeña escalonados en los boulevards: la fuerza de la costumbre. Las casas de la carrera estaban adornadas con los colores de las cuatro naciones coaligadas, el Piamonte, la Francia, la Turquía y la Inglaterra.

Seis días ha permanecido en Paris el ilustre huésped, seis días que ha pasado, como es de suponer, entre visitas, presentaciones oficiales, diversiones y fiestas. El 25 asistió con el Emperador y la Emperatriz al concierto monstruo del palacio de la Industria donde tomaron parte varias sociedades corales francesas y extranjeras, cuyo número total ascendía á 4,500 cantantes. Al día siguiente hubo una cacería en San German, y al otro una revisa en el Campo de Marte favorecida por un sol magnífico. Las noches se consagraron á las funciones teatrales, excepto la del miércoles que se destinó á la fiesta de la municipalidad en el Hotel de Ville.

En este baile la villa de Paris quiso desplegar las mismas magnificencias que en el que dió en honor de la reina Victoria; el patio conservaba la decoracion de entónces; únicamente se habían disminuido los surtidores de aguas, y se habían prodigado en su vez las estatuas y las flores. Así lo exigía en efecto el estado de la temperatura. El Emperador y el rey del Piamonte pasaron hora y media en el baile, al que asistía como de costumbre una muchedumbre compacta y brillante de convidados.

El rey Víctor Manuel salió de Paris el juéves 29 con direccion á Inglaterra, donde le preparan una acogida igual á la que recibió el Emperador de los franceses.

La noche que el ilustre aliado de la Francia asistía á la representacion de la Opera, llamaba la atencion del público, despues de los altos personajes que ocupaban el palco imperial, una notabilidad artística muy deseada en Paris, pero rebelde hasta hoy á toda clase de halagos y proposiciones. Era Jenny Lind, esa cantatriz famosa en Inglaterra y Alemania; su nombre volaba de boca en boca, todos se apresuraban á contemplar su hermosa cabeza rubia, y muchos se lisonjaban con la esperanza de que podríamos admirar en breve su voz de ruiseñor, como dicen sus admiradores del Norte. Pura ilusion: Jenny Lind ha venido á visitarnos de incógnito, y bien resuelta á no quebrantar su juramento inconcebible, saldrá de Francia sin dejarse oír ni en teatros, ni en conciertos, ni en reuniones íntimas. Y sin embargo, la cantatriz ingrata dió en Paris el primer paso de su brillante carrera musical: estudiemos con alguna detencion su biografía á fin de descubrir si la gran capital de las artes en nuestros tiempos merece por parte de la artista tan implacable desvío.

Jenny Lind nació en Estokolmo el 11 de setiembre de 1823. Su familia, bien acomodada, no la destinaba al teatro, pero la jóven fué impelida á él por un concurso de circunstancias tan naturales, tan vulgares en cierto modo, que sus primeros triunfos de cantatriz fueron los que habría podido obtener una jóven cualquiera que hubiera ganado un segundo premio en un colegio parisiense.

La vida artística de la cantatriz sueca no principió realmente hasta la primavera del año 1843. Una jóven tambien de Estokolmo se estrenó por aquel tiempo en el Teatro Italiano de Paris con el papel de Adalgisa en *la Norma*. Su triunfo tuvo eco en Suecia, tanto que Jenny Lind rompió al saberlo su reputacion indigena y se puso al punto en camino para Francia.

La jóven venia recomendada por la casa del rey Bernadotte á varias notabilidades del mundo parisiense y especialmente á la señora duquesa de Albufera, quien la recibió muy afable, si bien se veía mezclada con su cortesía un poco de esa curiosidad indiscreta que debía despertar en Paris la llegada de una cantatriz procedente en línea recta del polo ártico. La duquesa organizó pocos días despues en su casa una reunion escogida, un concierto de amigos, en el cual su protegida cantó una porcion de melodías originales de su país con un gusto exquisito.

El triunfo de Jenny Lynd fué muy grande, y á la verdad no sabia como responder á las felicitaciones hiperbólicas

que todos la dirigian. Solo un hombre habia estado serio, muy serio en medio de los aplausos de la reunion aristocrática, y el silencio de este oyente impassible habia asustado á la jóven que al punto comprendió en la autoridad de su mirada, en la severidad que en su frente se leía, que era el único juez desinteresado, el único que podia decirle la verdad entre todos los que la escuchaban. Por eso la cantatriz volvía sus ojos suplicantes hácia ese hombre á cada período musical, pero el hombre se habia vuelto una estatua. Jenny Lind ardia en deseos de saber quien era, y temía al mismo tiempo conocerle.

Por fin, concluido el concierto la duquesa tomó de la mano á su protegida y la presentó al desconocido, diciéndole:

— Amigo mio, aquí tiene Vd. á su discípula. Si su talento no fuese para Vd. suficiente recomendacion, me atrevería á invocar mi corta influencia, pero despues de lo que acabamos de oír es cosa inútil.

Y luego volviéndose á la jóven añadió la duquesa:

— Señorita, tengo el honor de presentar á Vd. don Manuel García, que hará cuanto de él dependa para allanar á Vd. el escabroso camino del teatro. Es un poco déspota, pero en el fondo es bueno, y como profesor nadie le iguala. Siga Vd. sus consejos y será fácil su introduccion en ese mundo desconocido para los cantantes vulgares donde vivieron su padre García y la Malibran, su hermana.

Manuel García se inclinó y Jenny Lind le vió marchar sin que hubiera desplegado sus labios.

Tres días despues de esta escena la jóven llamaba á la puerta de García. Un criado viejo la llevó á una sala nada lujosa donde la suplicó que esperara un poco. En el cuarto contiguo se oía una hermosa voz de mujer acompañada fuertemente por los sonidos de un piano; el canto cesó de repente, y una voz enfadada resonó como un trueno.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Jenny Lind; mas valia que no hubiera venido... ese hombre me va á matar... quiero marcharme.

Y la jóven levantándose con precipitacion se dirigia ya á la puerta por donde habia entrado, cuando se abrió una mampara y apareció Manuel García acompañando á su discípula que salía con los ojos encarnados.

Jenny Lind se detuvo un poco confusa, y el profesor saludándola con mucha urbanidad la hizo señal de que entrara en su gabinete. La jóven tomó asiento al lado del piano y esperó con el pecho oprimido y los ojos fijos en el suelo á que el músico la interrogara.

Este conociendo la timidez de su nueva discípula quiso mostrarse afable, y tocando alternativamente varias cuestiones mas ó menos relacionadas con la música, consagró todo el tiempo de esa primera leccion á una conversacion ligera, en la que Jenny Lind, que se fué serenando poco á poco, acabó por tomar parte, con mucho discernimiento y gracia.

— Muy bien, muy bien, señorita, exclamó de repente García cambiando de tono, como si solo se hubiera propuesto medir la inteligencia de la cantatriz; ahora tendrá Vd. la bondad de cantarme alguna cosa.

Jenny Lind escogió un aria de *Don Juan* que cantó sin timidez; cuando hubo concluido, el rostro de García se puso otra vez muy serio.

— Señorita, dijo el profesor á la jóven con cierta solemnidad, no la diré á Vd. que su voz está perdida, pero sí puedo asegurar que se halla en mal estado; esa garganta está cansada. La condeno á Vd. á un silencio absoluto durante un mes, y puede que en ese tiempo la higiene y el reposo hagan un milagro.

Y al pronunciar estas palabras el profesor despidió á su discípula.

Jenny Lind volvió á su casa desesperada: ¡aquel porvenir brillante en que habia soñado se desvanecía! Sin embargo, el despecho y el amor propio la devolvieron el valor si no la confianza. Al cabo de un mes volvió á casa del profesor, que señaló en la voz de la jóven una mejoría sensible; en fin, al cabo de algunos meses, García la dió esperanzas de un restablecimiento completo.

Jenny Lind se sometió durante un año á la escuela severa de García. La duquesa de Albufera respetaba las prescripciones del maestro, y no exigía que la jóven cantara jamás en sus reuniones. Una noche habia un gran concierto en casa de la duquesa donde debian tomar parte las principales notabilidades del Teatro Italiano. Manuel García llegó cuando la Grisi vocalizaba un aria de Bellini, y aplaudió con no ménos estrépito que el resto del auditorio, pero la pieza terminada, el profesor se adelanta hácia Jenny Lind y despues de decirle dos palabras en voz baja la lleva al piano palpitante y roja de emocion.

La duquesa celebró mucho este golpe teatral, este golpe inesperado. Jenny Lind cantó el rondó final de *la Sonnambula*, y el efecto que produjo fué tan grande que sorprendida ella tambien de los recursos inesperados de su voz, de la pureza de su estilo, de la ciencia y seguridad de su talento, se desahó en lágrimas á los últimos compases.

Meyerbeer estaba presente; colocado á un extremo de la sala se habia ido acercando poco á poco al piano, y cuando se acabó aquel canto divino, tomó con presteza la mano de Jenny Lind y exclamó:

— Señorita, ¿tendría Vd. la bondad de decirme el nombre de la primera cantatriz de la época?

Despues de esa noche famosa, la discípula de García salió para Alemania donde comenzó á crearse esa reputacion que se eleva mas y mas cada día, y que Paris consagró sin que le haya sido dado conocerla abiertamente. Todo lo que aquí sabemos del talento de la cantatriz es que tiene una pureza, una perfeccion á que ninguna mujer alcanzó hasta el día: es una voz del cielo, de una gracia, de un sentimiento inalterables: Mozart y Bellini, tal es el alimento que elige con preferencia esa voz un poco débil, como un sonido encantador que no pertenece á este mundo. La *Costa Diva*

de *la Norma*, esa tierna plegaria de un poeta músico, puede dar la medida de la elevada inspiracion de Jenny Lind.

De Alemania pasó á Inglaterra en 1847, y Londres ha sido hasta hoy el gran teatro de sus triunfos. A los primeros días de su llegada la reina Victoria tuvo la idea de reconciliar á las primeras cantatrices de los dos teatros italianos que se hacian una guerra á muerte. La Grisi, la Persiani y Jenny Lind tenian cada una su parte en ese programa de la fiesta y de la política de una reina. A una señal convenida Lablache, que estaba en el secreto, enlazó las manos de las tres cantatrices que juraron en alta voz tratarse como hermanas, y resolvieron en su interior abortarse como rivales.

Efectuada la reconciliacion comenzó el concierto. Jenny Lind, la mas jóven de las tres amigas, se sentó al piano la primera; pero ¡ay! el aspecto negro y feroz de la Grisi turbaba su ánimo; la pobre hija del Norte abatida con aquella mirada que penetraba hasta lo mas recóndito de su corazón, sintió que su valor y su talento la abandonaban, y apenas pudo arrastrar su voz espirante hasta la conclusion del aria. Ya veía perdida su reputacion: ni un triste aplauso de cortesía vino á aplaudir su derrota; los espectadores estaban estupefactos, las cantatrices del teatro rival triunfaban.

Una idea sublime cruzó de súbito la mente de Jenny Lind mas muerta que viva en aquel instante: entre los cantos nacionales que tanto celebraban sus amigos en las reuniones íntimas, habia una suave invocacion á la Virgen: la jóven fuera de sí da con resolucion las primeras notas en el piano, el silencio se restablece, la atencion se despierta, y estalla en notas sonoras el *Ave Maria* de la patria, elevado hasta los cielos por la voz angelical de Jenny Lind.

Era sublime. La negra mirada de Giulia Grisi se apagó ante el resplandor puro y límpido de los ojos radiantes de la hermosa cantatriz: el triunfo fué completo, la Inglaterra confirmó el fallo de la Alemania, como esta habia ratificado el de Meyerbeer, y desde entónces Jenny Lind fué la prima dona de los ingleses.

Tal es la historia de nuestra heroína, y de estos pormenores, que hemos extractado ligeramente de una biografía conocida, no se desprende por cierto que Paris haya incurrido en la pena á que está condenado; de todos las inteligencias mas brillantes del pasado y del presente solo Jenny Lind se ha sustraído al fallo del tribunal parisiense que, con razon en materias artísticas, se apellida supremo.

Se habla en verdad de ciertos desdenes que un compositor famoso á la cabeza de la enseñanza musical en Paris, habria hecho sufrir á la jóven artista en otro tiempo; pero á esto se añade que ese mismo autor ha dado á luz una ópera cuyo argumento es la confesion de su culpa; así pues, el arrepentimiento del que desconoció las dotes privilegiadas de aquel talento en ciernes no puede ser mas galante ni mas público, y sin embargo, el juramento de la cantatriz de no pisar las tablas de la capital de Francia ha prevalecido y prevalece. Es un ejemplo raro de obstinacion que no han podido vencer los ofrecimientos, mas fabulosos y que sin duda merece señalarse, pues no abundan en el mundo artístico las resistencias de esa especie.

MARIANO URRABIETA.

RECTIFICACION.

En nuestro número 151 hemos dado un artículo titulado *Las curiosidades de Lima*, cuyo original, escrito en francés, y firmado por M. F. D'Abadie ha motivado una reclamacion del Sr. Falcaru encargado de negocios de Buenos-Aires en Paris, que nos apresuramos á insertar en nuestras columnas. En ese artículo se decía « que el general San Martin quitó de su lugar el famoso estandarte de Pizarro como un recuerdo de la dominacion española, sin duda para destruirle. »

El general San Martin no quitó el estandarte de Pizarro: este célebre trofeo le fué presentado en testimonio de la gratitud pública por la municipalidad de Lima cuando el general investido del supremo poder, anunció por una proclama que salía de Lima para siempre. D. Felipe Antonio Alvarado le entregó esta bandera de Pizarro el 13 de abril de 1822, acompañando este envío con una carta de felicitaciones y gracias.

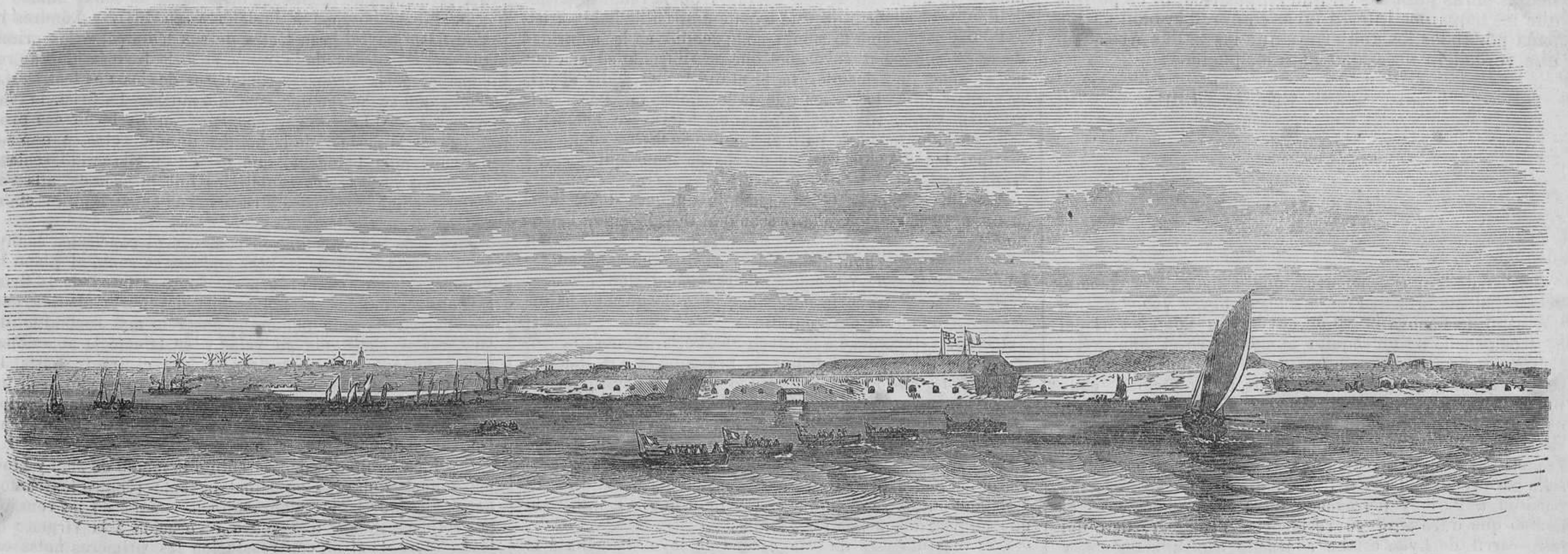
Kimburn.

De una correspondencia particular que tenemos á la vista y de otra dirigida al *Mornig-Post* extractamos algunos pormenores curiosos sobre la toma del fuerte de Kimburn.

Hasta el 17 el estado de la mar se habia opuesto á que la escuadra tomara posicion enfrente de las fortificaciones de Kimburn; hacia dos días que las tropas expedicionarias estaban en tierra y el bombardeo que comenzó el 15 por 12 bombardas inglesas y francesas debió cesar en la noche. El 17 á las nueve y media de la mañana las baterías flotantes colocadas á 8 y 900 metros rompian su fuego sobre el enemigo. A la una y media el almirante mandó cesar el fuego que ya solo producía una destruccion innecesaria.

A las dos y diez minutos, dice la carta del diario inglés, el *Royal-Albert* en voló una bandera parlamentaria para responder á la que habian alzado en el fuerte ruso. Entónces un embarcacion francesa y otra inglesa salieron al mismo tiempo del *Montebello* y del *Royal-Albert* y se dirigieron á tierra.

El teniente Lyons, portador del pabellon parlamen-



Vista del fuerte de Kinburn, tomada de *la Lave*, en su puesto de combate.

Costa y fuerte Otschakoff. — Sitio donde amarraron los botes parlamentarios. — Entierro de los hombres de *la Devastacion*. — Puerta del fuerte, demolido por el bombardeo.

tario, halló al desembarcar en el fuerte de Kinburn un oficial ruso coronel de artillería que le dijo se detuviera, que no quería ni tregua ni capitulación, que no se rendiría nunca y que resistiría mientras le quedase un hombre; que el pabellon parlamentario había sido enarbolado por el fuerte sin su anuencia, y que él mandaba el fuerte. Después de esta respuesta las embarcaciones se iban á retirar cuando se vió que un oficial hacia señas sobre la muralla. Este oficial se fué al gobernador de la plaza que había mandado que se enarbolara el pabellon parlamentario.

Entónces principió una escena curiosa entre el gobernador y el coronel de artillería. El coronel se puso á insultar al gobernador, cuyo pecho estaba cubierto de condecoraciones y medallas, diciéndole que era preciso no ser ruso para rendir la plaza. El gobernador echó mano á la espada con aire amenazador y le preguntó como las tropas podrían resistir después de aquel bombardeo que lo había destruido todo en la plaza. « Si queréis mataros, añadió, podeis hacerlos saltar sobre un barril de pólvora, pero yo no quiero sacrificar inútilmente la vida de los soldados que se me han confiado y por esto me rindo á fuerzas superiores. »

La rendición de la plaza tuvo lugar sin condiciones; pero los almirantes devolvieron generosamente

sus espadas a los oficiales en testimonio de su estimación por el valor con que habían resistido al bombardeo. La pérdida de los rusos entre muertos y heridos ha sido de 176 hombres, segun su parte. A bordo de la flota inglesa no ha habido mas que 4 hombres heridos y 23 en la escuadra francesa á bordo de las bombardas que solas sufrieron el fuego del enemigo. Una de ellas recibió 79 balas ó bombas que mataron 2 hombres y dejaron heridos 17.

A la otra mañana del desembarco fui testigo del mas terrible espectáculo. Nunca pudo ser tan completa la destrucción de una plaza. Todo el frente de las murallas de piedra de las fortificaciones se hizo pedazos, y todos los edificios estaban reducidos á escombros por el fuego de la flota. Se han tomado muchos materiales, cerca de 100 cañones y morteros y un crecido número de armas. Parece seguro que el czar estaba en Otschakow, desde donde observaba los efectos del bombardeo y que con señas alentaba á los sitiados á resistir prometiéndoles refuerzos.

Una correspondencia del *Monitor de la Flota* parece confirmar esta suposición:

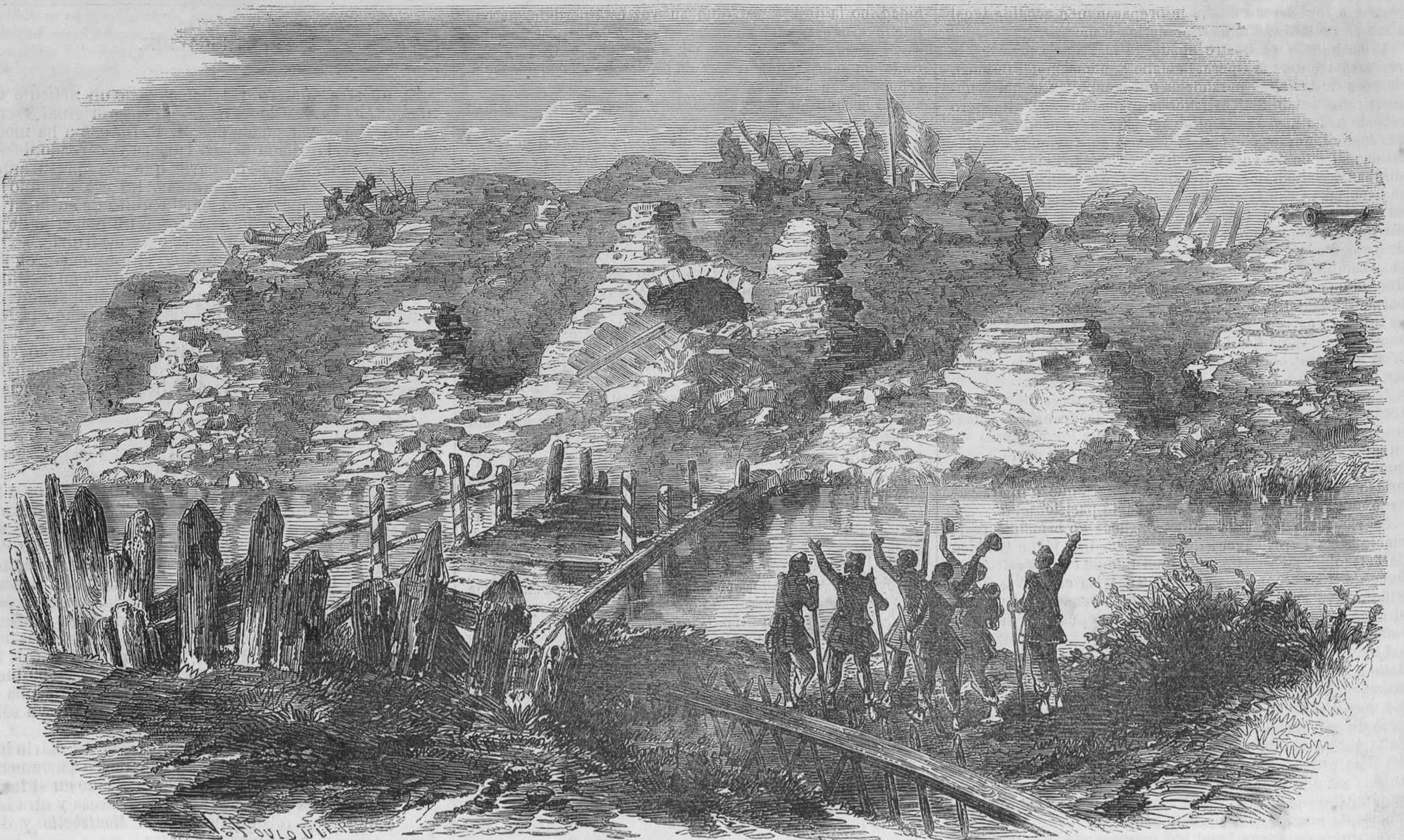
« Hemos tenido la visita, dice, visita á lo léjos, de un alto personaje. ¿Era el czar? ¿Era un miembro de su familia? No podría asegurarlo.

Lo cierto es que ese personaje de una elevada estatura hizo su aparición sobre la orilla oriental del Bug montado en un caballo negro y seguido de diez ó doce oficiales; andaba, luego se detenía, y examinaba nuestra flotilla aliada: y después se volvía para hablar con su estado mayor.

Luego distinguimos un cosaco que venia corriendo, se apeó, se puso de rodillas delante del personaje, le besó los piés y le entregó un despacho. El personaje cogió el mensaje, y siguió su camino con su comitiva visitando los puntos de cosacos y marchando luego hácia Nicolaieff. »

No es posible figurarse la utilidad de las baterías flotantes que en esta ocasion produjeron efectos sorprendentes. Así el almirante termina su órden del dia diciendo:

« El fuego terrible de las baterías flotantes y de las bombardas precipitó de tal manera el desenlace de la accion que los demás buques de la escuadra no pudieron tomar en ese glorioso combate la parte que les estaba prometida, pero las cañoneras, las fragatas, los navíos, las corbetas y los vapores por la precision de su maniobra y su ardor en acudir al fuego, mostraron lo que el almirante había esperado de ellos si la lucha se hubiera prolongado mas tiempo. »



Aspecto del frente S.-E. de las fortificaciones de Kinburn después del bombardeo.

MODO DE TRILLAR EL TRIGO EN EL MEDIODIA DE LA FRANCIA.

Frecuentemente consagramos un lugar en nuestras columnas á los adelantos agrícolas que se producen en todos los pueblos, y no hace mucho aun dimos á nuestros lectores una relacion detallada de los experimentos hechos en Trappes con varias máquinas que figu-

ran en la Exposicion Universal, mientras nuestro colaborador encargado de la revista general del palacio de la Industria, prepara su exámen sobre todo lo expuesto relativo á la agricultura, que publicaremos en su dia.

Hoy como contraste de tantas invenciones modernas para facilitar las faenas campestres, damos aquí el mo-

dolo de un instrumento rústico que se usa en el Mediodía de la Francia para trillar el trigo. El rodillo y el carro van tirados segun la fortuna del labrador por caballos ó bueyes. El rodillo de piedra puede tener un metro de diámetro y ocho de ancho. Detrás del carro va una estaca con un guijarro grueso que sirve para revolver la paja despues que ha pasado el rodillo.



Modo de trillar el trigo en el Mediodía de la Francia.

El Napoleon.

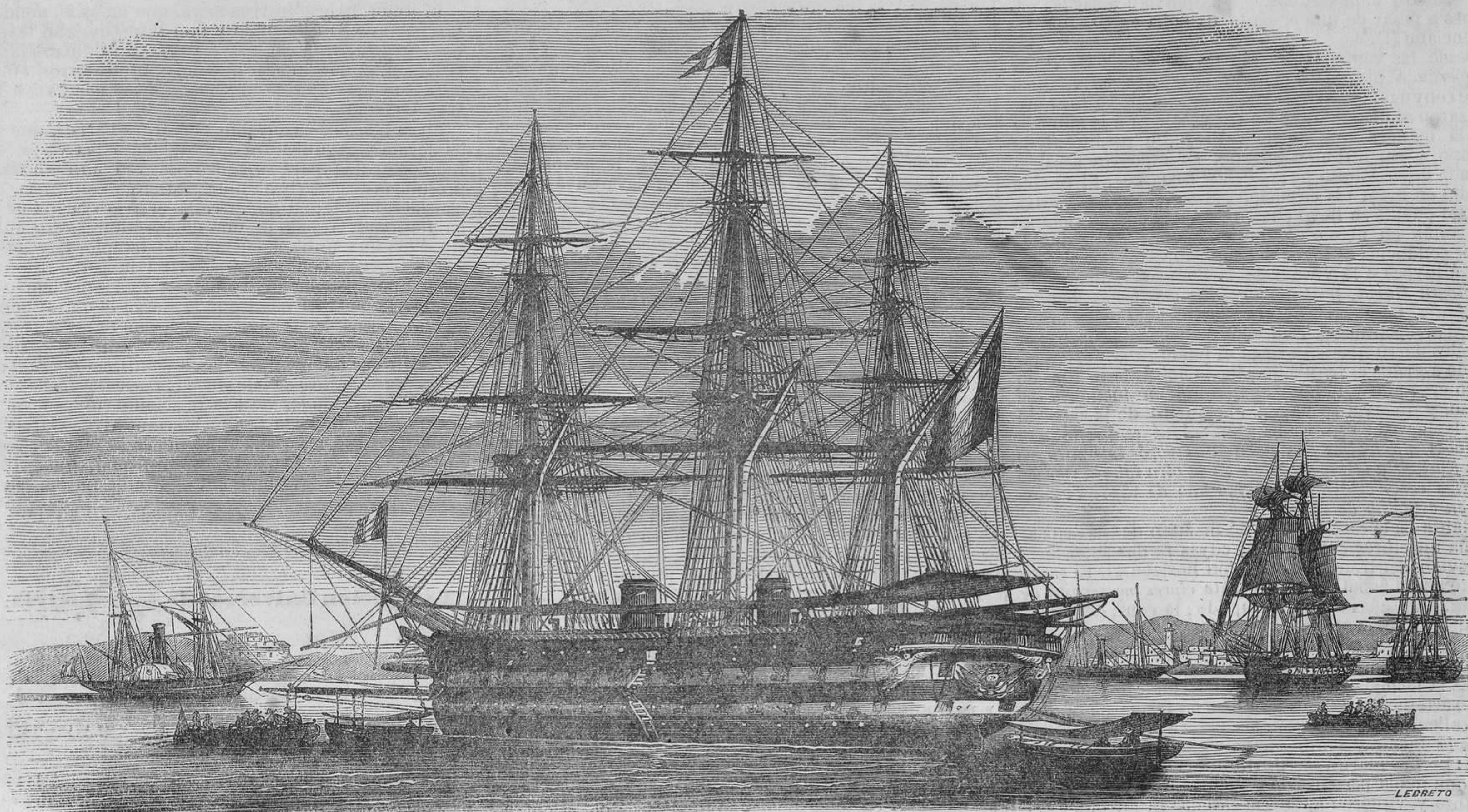
El hermoso navío *el Napoleon* que figura á la cabeza de la flota francesa en el mar Negro, se hizo para resolver el problema siguiente:

« Construir un navío que tenga para la guerra to-

das las propiedades de los antiguos navíos de guerra, pero con la circunstancia de que pueda andar once nudos y medio doce por hora, sea mediante el vapor, ó con la fuerza combinada del vapor y de las velas. »

Este problema quedó resuelto completamente; *el Napoleon*, apenas instalado salió á la mar y cumplió to-

das las promesas de los ingenieros, por su marcha y por la facilidad de sus evoluciones. La quilla, la arboladura, el velámen y la máquina alcanzan lo que es permitido llamar perfeccion en las obras humanas: al ménos tal es el parecer de todos los oficiales de marina franceses y extranjeros que han examinado el mas



Largo á flor de agua, 71^m 46. — Id. de punta á punta, 80^m 00. — Ancho 16^m 16. — Alto de entrepuentes, 2^m 5. — Id. del palo mayor 54^m 00. — Id. del trinquete 48^m 00. — Id. del mesana, 40^m 00. — Alto de la batería, 2^m 20. — Hueco de la primera cubierta sobre la quilla, 8^m 50.

hermoso, rápido y temible de los navíos de guerra de la Francia.

El *Napoleon* tiene 80 metros de largo, 29 mas que los

antiguos navíos de la misma fuerza; lleva 92 cañones, á saber: 36 del calibre de 30 y de 80 en su batería baja, 30 del mismo calibre en la segunda batería y so-

bre su cubierta y sus castillos 26 obuses de 30 que lanzan balas ordinarias y proyectiles huecos. Su máquina es de una tuerza nominal de 930 caballos y de-

sarrolla una fuerza efectiva de 12 á 13.000; su arboladura le da el aspecto de un navio ordinario de velas y cuando combina la fuerza de sus dos motores, de léjos se creeria que marcha únicamente por el impulso del viento.

La milla marina vale 1864 metros; de modo que el *Napoleon* navegando 12 nudos tiene una velocidad de mas de 22 kilómetros y medio por hora. Es casi la velocidad de un convoy ordinario sobre un camino de hierro. Es cierto que se ha hecho la observacion de que andando doce nudos el buque se cansaba un poco á popa; su marcha regular debe ser de 11 nudos 5/10 y aun 6/10, y esta marcha, aunque reducida, es siempre una décima parte superior á la de los navios mixtos que se armarian con una máquina no de 430 caballos como la del *Charlemagne*, sino de 650 caballos, como se trata de construir segun parece para los antiguos navios de 100 cañones de la marina francesa.

La calle del Mal Consejo.

TRADICION SEGOVIANA.

Segovia, antigua capital de los Arevacos, famosa corte de los reyes de Castilla, ciudad célebre en la guerra por sus tercios siempre vencedores, en las artes por su admirable acueducto, y en la industria por sus paños de eterna duracion, es hoy un conjunto de casas y palacios medio arruinados que se estrechan y sostienen unos á otros, como los individuos de una familia amenazados de exterminio. El Eresma y el Clamores, que humildes lamen los piés de la roca sobre que se levanta la poblacion envuelta en sus ruinas como un hidalgo pobre en la capa de su abuelo, parecen formarse con las lágrimas que aquella vierte al comparar su pasado brillo con su actual decadencia. Los elevados muros que cual la yedra al olmo ceñian la ciudad con sus descarnados brazos, se desmoronan y vienen á tierra diariamente: mientras Segovia fué reina, la sirvieron de diadema, ahora que la soberana ha descendido de su trono, se desprenden lentamente de su cabeza y se sepultan entre la yerba de los valtes.

Segovia es una noble anciana cargada de años y cubierta de arrugas; el sol de muchos siglos ha dado á su rostro un color pardo oscuro que infunde respeto y veneracion. Cuando el viajero la ve á lo léjos, saluda conmovido á la patria de Doña Berenguela. La anciana le acoge con placer entre los pliegues de su desgarrado manto, y como quien ha visto mucho, habla mucho, y como los viejos son aficionados á tradiciones, cuentos y consejos, le refiere multitud de ellos para hacerle agradables las horas.

En la *Cruz del Mercado* le dice que en 1411 habia allí una cruz de piedra, en cuya peana predicó S. Vicente Ferrer un sermón « que oían los distantes á tres y á cuatro y á mas leguas, y le entendian todas las naciones á pesar de que el santo hablaba en su lenguaje valenciano (1). »

Desde las ventanas del alcázar le señala las *Peñas Grageras*. A principios del siglo XIII una judía faltó á la fé conyugal; convicta y confesa, los de su raza autorizaron al ofendido esposo para castigar á la adúltera de la manera que quisiese. El judío meditó algun tiempo, y por último condenó á su esposa á ser despenada desde lo alto de las *Peñas Grageras*. El pueblo acudió en masa á la ejecucion; el espectáculo prometia. Pero el pueblo se llevó chasco (esto le sucede siempre que confia en algo ó en alguien), porque la culpable al ser conducida al lugar del suplicio, pasó por la catedral é invocó á la Virgen de la Fuencisla, diciéndole: — *Virgen María, pues amaras las cristianas ampara una judía*. La Virgen oyó la sencilla súplica de la pecadora arrepentida, y esta léjos de hacerse pedazos por aquellos derrumbaderos llegó al fondo sana y salva pidiendo á gritos el bautismo. *María del Salto* se hizo en efecto cristiana y tomó este nombre en memoria del suceso, y todavia se ve en el claustro de la catedral una lápida con esta inscripcion: *Aquí está sepultada la devota Marisaltos con quien Dios obró este milagro en la Fuencisla. Hizo su vida en la otra iglesia: acabó sus dias como católica cristiana año de 1237. Trasládose en este año de 1538.*

Delante de la casa que habitó S. Juan de la Cruz se enseña un ciprés casi pelado, cuyas ramas superiores se desvian del tronco en direccion horizontal. El santo plantó aquel árbol y dijo: — *Este ciprés me servirá de corona*. La profecía se ha cumplido; la copa del ciprés termina en una corona.

En la calle Real el viajero se detiene á contemplar un capricho arquitectónico de un mal gusto inverosímil. Es la fachada de una casa construida toda de piedras exactamente iguales labradas en forma de puntas muy salientes, que la hacen asemejarse á un erizo. Segovia, la buena y complaciente vieja, toma la palabra y dice: — Los marqueses de Quintanar compraron esta casa, que habia pertenecido á judíos. Aderezaronla con gran lujo y vinieron á morar en ella. El pueblo, apegado á sus usos y costumbres como la ostra á su concha, continuó dándole el nombre de casa de los judíos sin consideracion á la nobleza de los altos señores que la ocupaban, los cuales perdian los estribos al ver que los segovianos les llamaban judíos á boca llena. Consultaron el caso con un jeuita, su confesor, y por su consejo hicieron demoler la antigua fachada y cons-

truir la que actualmente existe. Nadie volvió á mentar la casa de los judíos: por un sentimiento unánime los segovianos todos pusieron á la vivienda de los marqueses de Quintanar el apodo de *Casa de los Picos*.

Próxima á la Cuesta de S. Bartolomé hay una calle estrecha y solitaria; los edificios que la forman son tristes y de mezquino aspecto; algunos de ellos ofrecen á la vista la armazon de madera, que blanquea entre los mohosos ladrillos como los huesos de un esqueleto sobre un fondo oscuro. En una esquina tiene escrita en gruesos caracteres negros su fé de bautismo: CALLE DEL MAL CONSEJO. Quien sabe que en Segovia hay una tradicion para cada piedra, como acertadamente ha dicho un escritor extranjero, adivina al punto que el extraño nombre de aquella calle debe de correr unido á alguna historia maravillosa y terrible, y entra en deseos de conocerla. La buena vieja satisfará su curiosidad por boca de cualquiera de sus atentos hijos, y en confirmacion de su relato le hará leer en el convento de monjas de *Corpus Christi* un precioso documento que nosotros hemos tenido á la vista, y dice así:

EL INSIGNE Y MEMORABLE MILAGRO DE EL SANTISIMO CUERPO DE NUESTRO REDENTOR JESUCRISTO QUE ACONTECIÓ EN SEGOVIA EN EL AÑO 1410.

« En este año reinando Don Juan Clarísimo Rei de España: estando en la sobredicha ciudad de Segovia por prelado, Don Juan de Tordesillas, obispo de buena memoria, acaeció una cosa admirable y espantosa de grande admiracion y perfecta memoria: En el qual tiempo por ser el Rei de edad pequeño, que aun no habia llegado á los catorce años, y la Novísima Reina Doña Cathalina madre suya, no solamente era tutora de la persona de su hijo. Pero era Gobernadora de todo el Reino: acaeció que en este tiempo, en esta Ciudad un Sacristan de sa fagun (dice) de la Iglesia de sa fagun estando fatigado por una deuda que debia de ciertos dineros que para cierto tiempo sopena de excomunion era obligado á pagar á otro christiano viejo, viendo, que por su gran pobreza no podia cumplirlo, por temor de la excomunion determinó de pedillos á un judío médico que habia por nombre Don Mair, vecino de esta Ciudad; al qual despues de habelle saludado, habló de esta manera: has de saber que yo estoy puesto en muy grande angustia y extrema necesidad, y si en ella me socorres harásme la mayor merced del mundo y mas agradable; por tanto yo te ruego, que ciertos dineros que debo me los prestes, tomando de mí la obligacion que mas firme y valedera segun vieres, y segun tu juicio. Amigo, todo lo que pides y mucho mas te daré si por prenda de ello, me das el cuerpo de Jesuchristo que vosotros decís que es Dios. Entónces el sacristan prometióselo y dióselo en la Custodia muy guardado y recibió el sacristan los dineros y se fué muy alegre.

« Hecho esto, el judío, muy alegre y gozoso, mandó llamar á otros judíos amigos y propinquos suyos secretamente: los quales ayuntados dixo, que él tenia la Ostia, que los christianos adoraban por Dios, y les dijo que sobre tal negocio, que determinasen lo que se habia de hacer con deliberacion: pasado el concilio, tomaron con sus sucias manos el excelentísimo cuerpo de nuestro Salvador y Redemptor Jesuchristo, y menospreciándole, le llevaron á la Sinagoga, á donde hicieron gran fuego, y en medio de él pusieron una gran caldera de agua, otros dicen de resina, y estando muy cociendo determinaron y procuraron echar dentro de ella á nuestro Salvador y Redemptor Jesuchristo.

« Mas, mira el misterio grandísimo: en soltando la Ostia de la mano para echarla en la caldera luego fué volando por el aire y ellos tras ella, pensando de asirla, y luego en un momento comenzó á temblar la Sinagoga, y dió un gran trueno y estallido que todos los postes y arcos se abrieron, y oi dia están así, fué tan grande el ruido, que casi todo el edificio se venia al suelo, entónces viendo los malvados la grandeza del milagro determinaron tomar un paño muy limpio, y envuelven en él la Santísima Ostia, y llevaronla al monasterio de Santa Cruz orden de los Predicadores que es en la dicha ciudad de segovia, y allí llamaron al prior, y tomó onle juramento de lo que le querian, que les tuviese secreto, y contaron por orden todo lo que les habia acaecido, y diéronle el cuerpo de nuestro Salvador, y luego el prior con todo el convento le llevaron al altar con gran solemnidad. En este tiempo enfermó un fraile novicio, en vida y costumbres accepto, que por nombre se llamaba Espinar, al cual el prior dió en comunión aquella Ostia sagrada, y al tercer dia de la comunión acabó la vida gloriosamente, y luego el prior como vió este milagro, recordiéndole la conciencia, pareciéndole que no era razon callar tan gran milagro, ni que los judíos fuesen sin castigo de tan gran maldad, contó todo al prelado de esta ciudad arriba mencionado, lo qual oyendolo el obispo, armado de zelo de la fé, dejó á la Reina que entónces estaba en esta ciudad, y acordaron de comun consejo, hacer muy grande inquisicion de este negocio, y echaron en prisiones á todos los mas principales de los judíos; entre ellos al sobredicho Don Mair que en esta causa fué el principal; los quales despues de grandísimos tormentos confesaron la verdad del hecho, y Don Mair, entre otras cosas que habia muerto con veneno al Rei Don Enrique, padre

del Rei Don Juan, que entónces reinaba con su madre; por los quales delitos este primero y todos los que se habian haltado en este delito fueron sacados arrastrando por la ciudad y con pregon y luego hechos cuartos.

« Acabada la justicia el obispo con toda la clerecia y cofradias en solemne procesion vinieron á esta casa, donde acaeció el milagro y la consagró por iglesia que hoy dia se llama *Corpus Xpti*, desde el qual tiempo el dia de *Corpus Xpti* cada año se hace una solemnísimá procesion por toda la ciudad á esta Iglesia. El obispo aun no cesaba de hacer inquisicion sobre los que habian quedado. Los judíos temerosos de la muerte y castigo que habian de pasar si se descuidaban, trataron de hablar con el maestresala de el obispo, al qual dieron gran cantidad de dinero porque echase veneno en el manjar del obispo y lo matase, el qual recibido el dinero prometióselo. Así un dia, siendo ya hora de comer, el maestresala entró en la cocina y con palabras engañosas hizo al cocinero que saliese de la cocina y viéndose solo, tomó el veneno y mezclólo en la salsa que se aparejaba para el obispo, y luego salióse de allí y mandó poner la mesa al obispo. El cocinero volviendo á su oficio comenzó á menear la salsa para echarlo en unos platillos, y cayósele una gota en la mano, y luego comenzó á hacer tal llaga, que no solamente la mano, mas todo el cuerpo se le emponzoñaba. Como vió esto comenzó á dar grandes voces diciendo: ninguno coma hoy de lo que está aparejado en la cocina. El obispo oyendo estas voces haciendo presurosa inquisicion de este negocio, antes que hubiese otro confeso, y así halló la verdad, y luego el maestresala fué preso y atormentado de recios tormentos y confesó la verdad de lo que pasaba y fué hecho cuartos y muchos de los judíos que fueron en esta traicion, fueron quemados, otros arrastrados y descuartizados, otros que no tenían tanta culpa fueron reciamente azotados, otros desterrados perpetuamente.

« Para testimonio de lo qual todas estas cosas por orden como están contadas el egregio doctor de Espina, informado de hombres que se hallaron presentes al negocio, lo escribió en latin en un libro que se llama *Pináculo de fé* que está hoy dia en la libreria de San Francisco de Valladolid.

« Y porque esto sea notorio á todos los fieles christianos. El muy reverendo señor Francisco Martinez, canónigo en la iglesia colegial de Nuestra Señora de Santa María de Panaces, mandó sacar este traslado de latin en romance.

» LAUS DEO. »

Renovóle por devocion y con la prisá de despedida y viaje el P. P. Francisco Xavier de Oñate de el orden Premostratense. Año de mil ochocientos y siete.

El lector habrá adivinado ya que la calle donde el sacristan de San Facundo y Don Mair tuvieron la plática, y acordaron lo que con tanta minuciosidad se refiere en el documento que dejamos transcrito, no era otra que la conocida desde entónces por CALLE DEL MAL CONSEJO.

En la iglesia del convento de *Corpus Christi*, que por su forma y arquitectura indica bien á las claras que fué construida para sinagoga, se ven aun anchas y profundas gr.etas (1) en muros, arcos y columnas, tan considerable alguna que permite el paso á la luz de las habitaciones. Al lado de uno de los altares, que cubre sin duda una antigua entrada del templo, hay dos figuras bárbaramente dibujadas en la pared: la una tiene una custodia en la mano y está en ademán de cambiarla por una bolsa que le alarga la otra. Encima de las cabezas, la siguiente inscripcion: *Esta es la puerta por donde salió el Santísimo Sacramento, y este es el sacristan que dió por prenda el Santísimo Sacramento á Don Mair, médico de esta ciudad: renovóse año de 1624.*

Hemos buscado en vano la relacion de este suceso en la *crónica de D. Juan II* que escribió Alvar Garcia de Santa Maria. El autor del *Pináculo de Fé* cita por testigo á Fr. Juan de Canalejas, dominicano, que estuvo presente cuando los judíos entregaron la hostia.

CARLOS DE PRAVIA.

Exposicion Universal de la Industria.

XIII.

(Véanse los núms. 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151 y 152.)

GALERIAS FRANCESAS. — EL PISO BAJO. — LA INDUSTRIA [LANAR. — REIMS.

Empezarémos por las lanas nuestras visitas á las industrias de tejidos, esas industrias tan importantes que constituyen mas que ninguna otra el objeto de ardientes rivalidades entre los pueblos. Con esto además seguimos el orden cronológico de todas las fabricaciones. En efecto, segun las indicaciones de los monumentos históricos mas remotos, no parece que el hombre haya empleado para su vestido otra materia hilable antes de la lana. En consecuencia no tuvieron la oportuna necesi-

(1) Colmenares, que escribió en el siglo XVII, su *Historia de Segovia*, dice que en su tiempo se taparon.

(1) COLMENARES: *Historia de Segovia*.

dad de sostener ninguna lucha para tomarla del animal mas inofensivo y dulce que la naturaleza habia dotado con ella. Las ovejas entregaban su despojo como daban su leche, y como se dejaban conducir al matadero para ser sacrificadas, es decir, con una docilidad absoluta. La lana por otra parte era de un manejo fácil, y los toscos artículos que fueron los primeros en confeccionarse no requerian grandes esfuerzos ni ménos una grande habilidad.

La ciencia y la mecánica han transformado profundamente las condiciones originales de este trabajo. Mientras que en los tiempos primitivos la lana, ántes de servir para vestido del hombre, no pasaba sino al través de un reducido número de manos, hoy por el contrario, debe sufrir varias operaciones tan difíciles por su crecido número como por su complejidad, es decir, que reclama la accion de una infinidad de obreros de órdenes distintos. Entre el pastor que conduce el rebaño al monte y la persona que cose un frac ó un vestido de merino, cuántas manos han prestado su concurso para la confeccion del tejido!

Desde luego ha sido preciso ir á buscar las lanas á los puntos de produccion, muchas veces á lejanas comarcas, puesto que los productos del mundo austral entran por mucho ya en las provisiones de nuestras manufacturas. Toda una flota mercante está empleada en transportar á las plazas comerciales de Europa las lanas de la Nueva-Holanda y de Van-Diemen. De tal modo se cuenta en Francia con este suplemento, que no hace mucho se atribuyó en parte la subida de las lanas á ese entusiasmo frenético que arrastró hácia las minas nuevamente descubiertas en la Australia á la mayor parte de los hombres que cuidan los rebaños.

Una vez que ha pasado de manos del negociante á las del industrial, la lana es escogida, lavada, peinada, cardada ó hilada. En seguida, al hilador sucede el tejedor, al tejedor el tintorero y afinador, esto sin hablar de veinte agentes intermedios, encargados de ciertas preparaciones accesorias, pero necesarias. Por su lado las ciencias mecánicas y químicas se consagran á mil investigaciones, y ensayan mil combinaciones con el fin de facilitar el trabajo de la lana ó de embellecer sus productos. El resultado de tantos esfuerzos acumulados se presentan á nuestra vista con un brillo esplendente en la Exposicion Universal de 1855.

En las salas reservadas para los fabricantes de lanas nos vemos sorprendidos á la vez por la variedad de las aplicaciones, por la perfeccion de los productos, y por algunas innovaciones felices que bien pueden llamarse verdaderos descubrimientos: Lanias de todas clases procedentes de las manufacturas francesas se hallan colocadas en el piso bajo hácia el Noroeste de las galerías que se prolongan en la avenida de los Campos Elíseos. Hay que exceptuar sin embargo los tejidos de última moda, y de fantasia, á menudo mezclados con seda, que figuran en el primer piso, á continuacion de la exposicion lionesa; mas por ahora detengámonos solo delante de los escaparates del piso bajo.

Aquí dos métodos se presentan para examinar las exposiciones de los fabricantes franceses. Podriamos considerar la industria de lanias en sus diversas ramificaciones principiando por los hilados; distinguir las lanias largas susceptibles de ser peinadas, de las lanias cortas que están solamente sometidas á la carda, en seguida vendrian sucesivamente por una parte, los tejidos de lana peinada, y por otra, los tejidos de lana cardada, y finalmente, las telas compuestas á un mismo tiempo de la una ó de la otra materia, por ejemplo, las franelas cruzadas cuya urdimbre es de hilo peinado y la trama de hilo cardado.

El otro método consiste en emprender las fabricaciones por localidades, tomándolas como ellas se presentan en realidad, es decir, agrupadas en tal ó cual distrito manufacturero. Despues de haber indicado la distincion esencial entre las lanias peinadas y las cardadas, se llega en seguida á los elementos de que se compone la produccion de cada una de las ciudades industriales. De este modo se tienen á la vista las unidades que no siempre son homogéneas, pero que no por eso dejan de ofrecer caracteres interesantes.

Reconozco que el primer modo convendria mejor en una obra especial, en un libro de tecnología destinado para los hombres del oficio; pero su forma didáctica seria un poco árida y bastante fatigosa para la mayoría de nuestros lectores. Sin duda que todo el mundo quiere instruirse examinando las obras maestras de la industria, pero tampoco nadie busca el hacerlo con el empleo de mucho trabajo. Por otra parte nos veriamos obligados á retroceder á cada paso y recorrer veinte veces el mismo camino para encontrar tejidos diferentes expuestos sin embargo en la misma sala, y á veces dentro de unos mismos cristales.

Con una aplicacion mas rápida, el segundo método ofrece la doble ventaja de ser mas ameno. Se comprende mejor el régimen de las diversas fabricaciones viéndose circunscrito en un círculo determinado, donde se encuentran á menudo largas tradiciones de trabajos y recuerdos que no dejan de tener su parte de gloria. Otra ventaja, y es, que las observaciones hechas se grabarán mas fácil y profundamente en la memoria en cuanto forman un conjunto y toman una denominacion colectiva.

Este último modo ha prevalecido además en el arreglo interior de los productos, colocados en la Exposicion por el lugar de su procedencia. Lo mismo podia vacilarse para la colocacion general, cuando se trataba de distribuir el espacio á los diferentes pueblos representados en el concurso, entre la division por naciones

y la division por productos, y lo mismo para la colocacion de los expositores de un mismo país; pero allí como aquí la clasificacion por localidades debia parecer á primera vista la sola admisible.

Adoptando este método sin mas preámbulos penetremos en las ciudades fabricantes francesas, donde la industria de lanias se practica en mayor escala. Antes de verificar en ella nuestra modesta entrada nos acordamos por contraste de las entradas magníficas que han tenido lugar muchas veces en los muros de esta ciudad en medio de una pompa regia. Nuestros lectores adivinarán que se trata de Reims, de la ciudad que ha visto dar la santa uncion á Clodoveo, y donde todos los reyes de Francia, excepto dos, han ido á consagrarse.

De las tres ciudades que podian pasar como reales por excelencia, y consagradas por la antigua monarquía, Reims, Versailles y San Denis, la primera solamente ha sabido labrarse una nueva corona, de la que es deudora al genio industrial. Utilizando los elementos antiguos que vivian tradicionalmente en su seno, ha sabido desarrollar considerablemente su fabricacion desde principios de este siglo, elevándose á la categoría de gran metrópoli manufacturera. Cien artículos nuevos han aparecido en lugar de los viejos que desaparecian delante de las manifestaciones del gusto nuevo y de las perfecciones de la mecánica.

La exposicion de manufacturas de Reims estan completa que por sí sola puede darnos una idea exacta de la fabricacion de esta ciudad cuyas industrias hilables producen la enorme suma de 75 á 80 millones de francos. El número de expositores es de 51, de los cuales 16 pertenecen al hilado ó al peinado; los restantes han presentado telas de diversos géneros. La filatura abraza en dicha ciudad la lana hilada y cardada, ambas elaboradas con una rara perfeccion. Durante mucho tiempo no ha tenido rival para los hilos cardados, siendo la que proveia casi todas las demás fábricas de Francia; y aun hoy en día, á pesar de la concurrencia que le hacen algunos establecimientos aislados, conserva su antigua fama, y sigue expendiendo sus hilos cardados á Roubaix, Santa Maria de las Minas, Paris, etc., y exporta una gran cantidad para Bélgica é Inglaterra.

Extendamos la vista sobre esa prolongada anaquelaria que está en frente de la nave, y encontraremos todas las notabilidades de Reims en la filatura. Hé aquí los señores Lucas hermanos, cuyos hilos de lana peinada para las urdimbres de merinos gozan de tan grande como justa reputacion, y cuyo taller es el mas antiguo que ha habido jamás en Francia para este género de trabajo; sigue M. Gilbert que solo fabrica tejidos y que ha sabido hacerse entre los fabricantes de merinos una tan rápida como numerosa clientela; luego vienen los señores Sentis padre é hijo, cuya exposicion variada contiene hilos cardados, hilos peinados mezclados con seda, hilos de color, etc., siendo estos últimos los que envian mas particularmente sus artículos al otro lado de la Mancha.

En esta misma línea figuran tambien los productos del vasto y hermoso establecimiento de los señores Croutelle, Rogelet, Gand y Grandjean, en Puente-Givart, cerca de Reims, cuyos hilos peinados y cardados sirven para toda clase de tejidos. Debo una particular mencion á los señores Lachapelle y Levarlet por sus hilos cardados, al abrigo de toda crítica y que se conservan fieles á su antigua y merecida fama. Tambien la debo hacer de M. Villeminot-Huart, que reune al mismo tiempo las calidades de hilador y constructor de materias para hilar. Este industrial ha organizado su filatura bajo un nuevo plan; en una sola y vasta sala situada en piso bajo ha encerrado todas las máquinas preparatorias y todos los oficios, contándose en ella como unas 11,000 brocas para expolillar las telas: he visitado gran número de filaturas de lana de los diversos puntos de la Francia, sobre todo de los departamentos del Norte y la Alsacia, y no he encontrado ninguna que fuese ideada de una manera tan sencilla ni que tuviese un aspecto tan original.

Sentimos no tener bastante espacio para caracterizar detalladamente el mérito de cada uno de los demás hiladores de Reims. Sin embargo, no podemos dispensarnos de citar á parte la antigua casa Pradine y compañía, que se distingue por un espíritu notablemente innovador. Las casas Benoist y compañía, Walbaum y compañía, Lantein y compañía, Harmel hermanos, Henriot hermanos, Sautret, H. Givélet, E. Anceaux, Lepaulle y Gontier, etc., merecerian tambien por muchos títulos una noticia separada; pero los inteligentes sabrán clasificarlas haciendo á cada una de ellas su merecida justicia. Muchos detalles técnicos y muchos nombres propios multiplicados serian aquí sin provecho para todos.

Lo mas importante de señalar son los progresos generales realizados en estos últimos años por la filatura de Reims. La de lana cardada, que no ha aumentado ni disminuido su produccion desde la Exposicion de 1849, ha transformado en algunos talleres, sobre todo en los de los señores Croutelle y Pradine, ciertas partes de su herramienta, por ejemplo el sistema de sus cardas, mas estos son hechos aislados ó exceptuados que no merecen llamar nuestra atencion. El espíritu innovador no es ahí precisamente donde ha hecho sentir sus saludables efectos. La lana cardada se considera que ha llegado ya al último grado de perfeccion realizable; por lo tanto permanece inmóvil, mientras que la lana peinada se esfuerza, con una increíble actividad por hallar nuevas simplicaciones y nuevos perfeccionamientos.

A la cardadura de mano, se ha sustituido casi enteramente la cardadura mecánica. Esta sustitucion se ha verificado en pocos años, puesto que á fines de 1847 todas las fábricas de Reims parecian haber renunciado á las máquinas. Los primeros á entrar en la arena desierta fueron los señores Pradine y compañía, llevando diversas modificaciones á la peñadora mecánica inventada por M. Collier.

Un aparato ideado bajo otro plan, y que debia ejercer una influencia mucho mas decisiva sobre la cardadura de lanias, se presentó en la Exposicion de 1849. Esta peñadora, debida á M. Heilmann, habia sido construida por M. N. Schlumberger, de Guebwiller. Las primeras máquinas de este nuevo modelo empleadas en Reims funcionaron en los talleres de los señores Lachapelle y Levarlet, en 1850. Otros hiladores siguieron su ejemplo, y M. L. Walbaum le añadió un frotador que da mas consistencia á las cintas cuando salen de la máquina, y modificó ciertas partes del aparato.

Algunas mas invenciones con el objeto de preparar la materia ántes de la cardadura, y tendiendo á dirigir los filamentos cuya lana es compuesta, son debidas á los señores Sentis y á M. Pierrard-Parpaite. La reciente innovacion de este último, que consiste en un escarpidor con movimiento progresivo, funciona en la Exposicion á la vista del público. Tambien M. Givélet ha verificado en la peñadora Heilmann una modificacion con respecto á lo que se llama el *arrachage* de la lana: con este nuevo procedimiento se puede imprimir mayor velocidad á la máquina y acrecer por lo tanto el número de los productos diarios.

Una verdadera mecánica de origen inglés funciona en Reims desde 1833 en una inmensa fábrica. Este aparato, ya experimentado en Saint-Denis, cerca de Paris, hace una concurrencia muy temible para la máquina Heilmann. Solamente que esta última se vende á quien quiera que sea, y todo hilador puede hacer uso de ella en sus talleres, mientras que la inglesa, por el contrario, y es preciso dar sus lanias á peinar por encargo en los mismos establecimientos de la compañía, donde el trabajo se opera además con una rapidez extraordinaria. ¿Quién diria que la peñadora inglesa prepara en Francia todos los dias mas de 5,000 kilogramos de lana, repartidos de 3 á 4,000 para la fábrica de Saint-Denis, 1,000 para Reims, y otro tanto para un tercer establecimiento fundado cerca de Roubaix? El total anual asciende por lo tanto de 1,500,000 á 1,600,000 kilogramos. Como un cardador de mano, ejercitado y laborioso, necesita de ayuda para las operaciones accesorias de su oficio para poder preparar de 325 á 350 kilogramos por año, resulta que el sistema inglés representa por sí solo el trabajo de ocho á diez mil obreros.

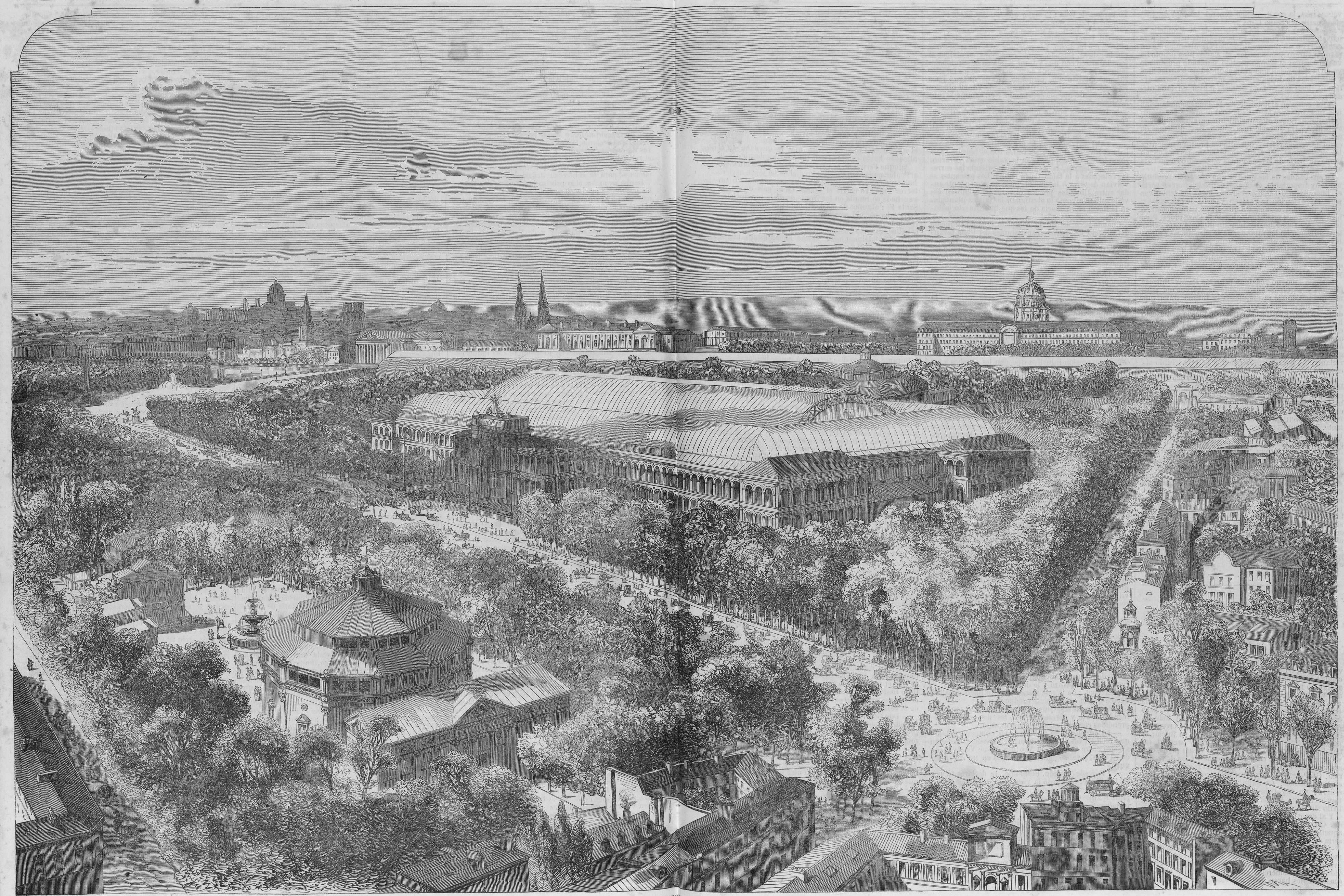
No se llevará á mal que insistamos en unos hechos que atestiguan un espíritu investigador tan infatigable. Una fabricacion no se perfecciona sino con la condicion de esfuerzos repetidos y de experiencias sin cesar reiteradas. Entre los aparatos de creacion reciente seria preciso no omitir el tomar nota, para examinarlos mas tarde, de ciertos mecanismos mas ó ménos ingeniosos con relacion á la filatura, y que, como el de M. Pierrard-Parpaite, funcionan á la vista del público en la galeria de las máquinas.

Tal es el devanador con varias puntas distintas de M. Vigoureux, colocado en medio de tantas otras máquinas enviadas de países diversos, y cuyo grandioso conjunto confunde la imaginacion. Tal es tambien un modelo de telar para hilados, que tiene por objeto el evitar el empleo de las cuerdas transmitiendo el movimiento á las puntas sobre las que se enroscas el hilo. El movimiento se comunica por medio de palancas articuladas y de encajes ingeniosamente combinados.

Estos ensayos relativos en la filatura de la lana peinada y otros mas, de un interés secundario, atestiguan claramente los progresos de este ramo de la industria de Reims. Treinta mil brocas nuevas le han sido añadidas de cinco á seis años á esta parte, sobre una cifra total de cerca 90,000. En medio de este movimiento, ¿qué hecho entre los que acabamos de describir, parece el mas interesante y significativo? Sin duda ninguna que es el sistema de cardar mecánico; pues ninguna otra innovacion ha operado en estos últimos años tan profundamente sobre la filatura de lana.

Del escaparate de los hilados pasemos á las muestras, sino mas curiosas cuando ménos con mas atractivos, de los fabricantes de tejidos. Digamos ante todo que aquí tambien una nueva conquista de la mecánica domina todos los movimientos realizados, todos los resultados obtenidos. La máquina dueña ya del tejido de algodón se ha apoderado victoriosamente de los tejidos de lana. Hace como cosa de diez años se consideraba poco ménos que imposible el tejer mecánicamente esta materia, á causa de la fragilidad de los hilos, y hoy vemos ya la filatura mecánica profundamente arraigada y por todas partes en progreso. En Reims se ha instalado en los grandes establecimientos, y la exposicion de seis ó siete fábricas ha venido á atestiguarlos su triunfo con sus hermosos productos.

La casa Croutelle y la de Pradine van al frente de todas estas aplicaciones atrevidas, y les siguen inmediatamente los señores Sautret hijo, Lantein, L. Henriot hijo, Henriot hermanos, etc. Aquí la necesidad de restablecer la filiacion de esta industria nos obliga á recordar la desgraciada suerte que le cupo á un telar mecánico montado por M. Croutelle, el cual fué víctima de un incendio producido por un estúpido arrebato. La pandilla de caribes que llevó á cabo este odioso atentado estaba compuesta de un reducido número de



PANORAMA, A VISTA DE PAJARO, DE LOS CAMPEOS ELISEOS, DURANTE LA EXPOSICION UNIVERSAL.

vagos, mas la consternacion general les dejó desgraciadamente el campo libre.

Apénas las cenizas de la fabrica de M. Croutelle se habian enfriado, cuando ya la máquina para tejer se establecia en un nuevo edificio bajo la direccion de un manufacturero emprendedor, M. Gand. Bien pronto ha vuelto á ganar el tiempo perdido, habiendo presentado ya en la Exposicion una gran cantidad de franelas lisas y cuadradas de todas especies, merinos y diversos artículos, bien sea en lana peinada ó bien en lana cardada.

Aquí, como en el dominio de la lana peinada reina una incesante actividad. Cada cual se aplica por descubrir algun nuevo descubrimiento para simplificar el trabajo ó para hacerle mas sólido. Diez diplomas de invencion han sido dados en estos últimos tiempos, con el fin de vencer ciertas dificultades preliminares para las operaciones del tejido, habiéndose perfeccionado la mayor parte de las máquinas cuyo empleo precede al del telar para tejer propiamente dicho.

La encoladura de los hilos es una operacion preliminar muy importante, de la cual depende en gran parte el buen éxito del tejido. Por eso todas las tentativas para la perfeccion se vuelven á porfia de este lado, y ya se modifica el aparato que sirve para encolar, ó bien los mismos procedimientos de la encoladura. Poco ha que M. Gand ha recibido un diploma para evitar la ventilacion en las salas donde se encolan las urdimbres, y donde el aire es suficiente para secar el hilo. Otro procedimiento tiene por objeto el impedir que ciertas telas, como los merinos, entren por mucho en el tejido: este último pertenece á la sociedad Pradine y compañía.

Lástima que no podamos penetrar en las mismas fábricas y seguir detalladamente la marcha de estos mecanismos donde se manifiesta la íntima union que existe entre la ciencia y la industria; pero desgraciadamente esta investigacion nos conduciría demasiado lejos. Sin embargo, ante los escaparates de la exposicion de Reims séanos permitido juzgar que de aquí en adelante el tejido mecánico de la lana está destinado á absorber, en un breve espacio todos los artículos de gran consumo, y la antigua ciudad de Reims podrá reclamar no poca parte del honor de este triunfo alcanzado por la industria moderna.

Así, bien sea en los hilados, ó bien en los tejidos, las fábricas de Reims no tienen nada que echarse en cara por haberse detenido en el camino del trabajo manufacturero, en ese camino donde la menor detencion causa la ruina, dejando tomar á otras localidades rivales una ventaja que es imposible recobrar mas adelante. Réstanos examinar si un ardor igual aparece en la fabricacion misma, es decir, en la eleccion de los artículos confeccionados, en la parte artística de la produccion manufacturera. Las muestras de los fabricantes de tejidos cuyos productos son tan varios y de una utilidad tan reconocida, nos permitirán que no nos informemos sino muy rápidamente del estado de las cosas bajo este último punto de vista. Ante la exposicion de las ciudades británicas Glasgow, Bradford, Trowbridge y Rochdale se une un interés demasiado vivo para que esta parte del cuadro pueda hallarnos indiferentes hácia su examen. Hemos tenido además la ocasion de recoger en los mismos puntos algunos detalles concernientes al interés de los obreros, con relacion al sistema de la fabricacion de Reims y al empleo de los ingenios mecánicos; mas estos detalles forman á nuestra vista el indispensable complemento de las apreciaciones técnicas.

PEPITA.

(HISTORIA DE LA PAMPA.)

(Continuacion.)

— Sí, hace muchos años que conozco á Pepita; la he visto crecer; su madre me miraba con buenos ojos, conocia que amaba á su hija y me animaba ella misma al trabajo para que prosperara mi comercio. En todos mis viajes me paraba en la esquina y cada vez hallaba á la Pepa mas grande y mas guapa... Tambien ella me recibia muy gozosa... en una palabra, era feliz, pero desde hace dos años que pasa Vd. por allí todo ha cambiado. Con esos regalos de pañuelos de crespon y de cadenas de oro las ha trastornado Vd. el juicio; la madre me trata como á un cualquiera, y para Vd. están de fiesta siempre. Présteme Vd. veinte pesos, que yo gano lo bastante para hacer regalos á las dos señoras y que me devuelvan su antiguo cariño. Vd. es bien rico, Gil Perez, ya encontrará Vd. con quien casarse en las ciudades, en Salta, en Córdova, donde Vd. quiera; yo soy pobre, pero amo á Pepita, la única muchacha que no haría desprecio de mí aunque me halla sin un cuarto.

Y al decir esto se le saltaban las lágrimas á Fernando. Gil Perez sorprendido con la demanda y con aquella franca explicacion, se compadeció de la miseria del arriero, pero no de su pena de amor.

— Si quieres veinte pesos, le dijo, te los daré, puedo prestarte esa cantidad, gracias á Dios, aunque no es grano de anís, pero créeme, no vuelvas á jugar en tu vida; deja tu comercio, para hacer negocios un poco considerables hacen falta dos cosas, capital y crédito.

Tú careces de todo: lo mejor que puedes hacer es renunciar á Pepita que no se acuerda de tí, y volverte al valle de San Juan... Aquí tienes los veinte pesos.

— Gil Perez, exclamó el arriero enderezándose con altivez, me ha dicho Vd. palabras que me trastornarán la cabeza. Cuando yo me empeñaba en olvidar el tono injurioso con que Vd. me habló en la esquina delante de la Pepa, delante de su madre y de los forasteros que estaban allí, principia Vd. de nuevo! Pues sepa Vd. que no quiero nada, guarde Vd. su dinero, pero le suplico que me deje Pepita y en cambio le juro á Vd. un agradecimiento eterno.

— Imposible, amigo mio: ¿quieres que desaproveche las ventajas que me da mi posicion? Estás loco, Fernando; toma estos veinte pesos, te los doy sin exigir siquiera de tí esa gratitud que me prometes.

— ¡Ah! carretero, ya te arrepentirás... dijo en voz baja el jóven arriero, y se retiró con el bolsillo vacío como habia venido, pero con la rabia en el corazón. La noche llegaba, la sombra iba cubriendo las carretas colocadas á la falda de la colina. Los paseantes se volvian de prisa á la ciudad, pues no es prudente andar entre tinieblas por los olivares que cubren ese valle solitario, como lo atestiguan las cruces plantadas en la tierra en memoria de los que han muerto asesinados.

Cuando la oscuridad fué completa, cuando en medio del silencio las aguas transparentes del Plata levantaban como masas inertes y opacas los buques fondeados paralelamente á la ribera, Fernando se quitó las espuelas para marchar sin ruido y se adelantó en las tinieblas.

— ¡Ah! carretero, decia en voz baja, ¿me has hecho jugador, eres causa de mi ruina! Delante de Dios responderás de la sangre que voy á verter.

Y tomando en la mano su navaja se metió en la revuelta de un camino hondo que baja por detrás del convento de Recoletos.

Media hora hacia que Fernando estaba allí cuando le hicieron estremecer los pasos de un caballo. La pendiente de la cuesta obligaba al animal á marchar con lentitud y precaucion: el ginete iba silbando.

— Bueno, pensó el arriero, ese debe de ser un *carretero* (expresion injuriosa que dan los gauchos á los europeos); un hijo del país andaria mas alerta por tales sitios y á tales horas; tanto peor para él; su consuelo le reclamará, si le da la gana.

Y precipitándose sobre el ginete, le tiró hácia sí por un brazo, le hundió su navaja en el costado izquierdo y le arrojó sin vida á orillas del camino.

Dos ó tres onzas de oro que el forastero llevaba en su cinto pasaron al de Fernando, que no pudo ménos de hacerlas resonar con aire de triunfo. Despues de esta sangrienta hazaña, el asesino se lanzó sobre el caballo de su victima, y tomó camino adelante por la pampa. El primer paso estaba dado: el honrado aguatero habia salvado la distancia que le separaba del bandido, y aquel primer crimen habia hecho de él un *gaucho malo*.

— ¿Y está Vd. bien seguro, pregunté yo á Mateo, de que ese hombre era honrado ántes del crimen? Ya se acordará Vd. del susto que nos dió en la casa de postas cuando echó mano á su navaja y apagó la luz que ardia delante de la imágen.

— Las palabras de Gil Perez le habian enfurecido, contestó Mateo; yo creo que desde aquella vez se volvió malo, pero solo en idea. Cuando tuvo en su bolsillo las onzas de oro ganadas por un asesinato y que corria por la llanura sobre el caballo de su victima, ya no pensó mas que en unirse con una cuadrilla de malhechores. Las circunstancias eran favorables para el nuevo género de vida que queria tomar, la guerra civil se encendia de nuevo en las provincias y ya aparecian tropas armadas en diferentes puntos al Norte y al Oeste. Esas cuadrillas se componian de peones que habian abandonado las *estancias* (ganaderías), de boyeros que habian desertado sus convoyes y de perdidos.

Sin embargo, ántes de emprender ninguna cosa Fernando hizo un viaje hasta la esquina; Juanito le saltó al cuello como de costumbre. El viejo Toribio, el mayordomo de doña Ventura, al verle llegar solo montado en un buen caballo, sin su recua de mulas, corrió á su encuentro y le dijo:

— Amigo, ¿de dónde vienes con tan buen caballo? Parece que el aguardiente produce.

Fernando sin responder una palabra abrió con presteza la puerta y dirigiéndose á las dos señoras sorprendidas con su brusca aparicion, dijo:

— La *gauchada* va á ponerse en campaña y temo que reciban Vds. una de sus primeras visitas. Yo tengo amigos entre ellos; doña Ventura, déme Vd. la mano de su hija, y sabré poner á Vds. dos en un lugar seguro.

— ¿Y desde cuando, Fernando, te declaras tú por los bandidos? preguntó la viuda con indignacion.

— Pepita, exclamó el arriero evitando la respuesta, ¿quieres que sea tu marido?... ¿tiembles?... ¿vuelves la cabeza?... Contéstame, Pepita, ¿te asustó yo? ¿me tomas por un bandido?

En vano la jóven queria hablar: Fernando tenia un sonido de voz terrible que no podia dulcificar el amor sincero y apasionado que todavia profesaba á Pepita.

— Fernando, exclamó doña Ventura, la última vez que estuviste aquí saliste de mi casa como un furioso, con navaja en mano, y hoy vuelves como un bandido con la amenaza en la boca. Véte, y no vuelvas, para nada necesito tu proteccion.

— ¡Ah! quiere Vd. decir que su protector será Gil Perez; cuidado, señora mia, mire Vd. que hay tiempos en que los hermosos chales y las cadenas de oro no valen lo que un sable y una carabina. Y sino veremos. Pepita, ¿quieres venirte conmigo? Ya no soy un arriero, era un oficio muy vil, ¿no es verdad? ¿Quieres que te lleve en mi caballo á la sierra de Córdova?

A medida que crecia su exaltacion, las palabras del gaucho llegaban al acento de la ira. Palidecia; las malas pasiones que rebotaban en su corazón daban á su fisonomía un aspecto siniestro. Pepa le miró al principio con dolor, luego con miedo, las lágrimas que principiaban á correr de sus ojos se detuvieron al borde de sus párpados, y por último lanzó un grito corriendo hácia su madre y cayó desmayada en sus brazos.

Fernando salió precipitadamente; su amor á Pepita, el último sentimiento bueno que le quedaba en el alma, se habia cambiado en un odio implacable.

Aunque Fernando se explicó á medias palabras, sin articular nada bien preciso, los dichos del jóven arriero habian dejado á las dos mujeres sumergidas en un terror vago. Ya corria el rumor en el país de que la *gauchada* se reunia en las fronteras de la provincia de Santa Fé; algunos de los postillones que doña Ventura asalariaba para el servicio de la posta habian desaparecido la noche ántes llevándose consigo los mejores caballos. El viejo Toribio cuidadoso por la familia que servia con fidelidad hacia treinta años, estaba alerta de día y de noche; practicaba reconocimientos hasta la entrada de la llanura, y allí inclinado sobre el cuello de su caballo, con la mano sobre su frente para abrigar sus ojos de los rayos del sol en el ocaso, paseaba sus miradas por el horizonte.

A veces se llevaba consigo á Juanillo á quien habia dado las primeras lecciones de equitacion y penetraba por entre las malezas del bosque, pero los pájaros cantaban alegremente á la sombra de los frondosos árboles. Por el lado del bosque se extiende una vasta laguna á cuyas orillas las mulas de Fernando se habian detenido muchas veces; aun se veian señales de campamento, pero nada de humo se descubria en los contornos.

Durante muchos dias no se oyó, pues, hablar de los bandidos ni de Fernando. Este al salir de la esquina habia marchado sobre el camino de Buenos Aires al encuentro de Gil Perez que volvia á Salta con sus carretas. No habian tardado en reunirse algunos vagabundos que le consideraban como su jefe, porque en esas peregrinaciones multiplicadas por entre las provincias del interior habia adquirido lo que les faltaba á muchos de ellos, el conocimiento exacto de una grande extension de terreno. Su cuartel general era una *pulpería* (taberna que se encuentra en medio de las pampas y donde se vende todo lo necesario para la vida) aislada, construida sobre la frontera del territorio de los indios. Allí llevaban una vida alegre; en tanto que sus caballos atados á unas estacas detrás de la taberna dormian en pié con las sillas encima, los *gauchos* con el sable al lado saboreaban el aguardiente anisado y rascaban la guitarra.

Una mañana, sin embargo, Gil Perez acababa de dar á sus carretas la orden de marcha. El convoy que habia acampado en las orillas del Rio Salado se desarrollaba lentamente á campo raso. Hacia frio, era por el invierno y un viento helado barria aquellas soledades donde su violencia no halla el menor obstáculo.

Galopaba Gil Perez delante de su caravana para reconocer el vado de un arroyuelo, cuando descubrió en el horizonte una docena de puntos negros que se dirigian hácia él con una velocidad extremada. En breve distinguió una partida de hombres á caballo con ponchos flotantes, unos armados de lanzas y otros de carabinas cortas.

La gavilla le pareció sospechosa; se volvió y arregló sus hombres en orden de batalla. Las carretas se ponen en círculo con las varas adentro; los bueyes colocados en el centro obedecen á la voz de los boyeros y se estrechan unos con otros. Se arma todo el mundo; por entre las carretas asoman pistolas y trabucos amenazando al enemigo que intente penetrar en medio del convoy cambiado en fortaleza. Apénas se habian tomado estas disposiciones cuando la partida montada detuvo el paso, y solo uno de ellos salió á su cabeza, llegó hasta veinte pasos de los carros, y allí deteniéndose y quitándose el pañuelo que le ocultaba una parte de la cara exclamó:

— Don Gil, el arriero Fernando le ha dado á Vd. un buen susto.

— ¿Eres tú? repuso Perez; ¿qué haces aquí? ¿qué nos quieres?

— He cambiado de oficio, amigo; ¿no le dije á Vd. que cuando me cansara del que tenia tomara otro? Ahora soy cazador de avestruces, y mis amigos y yo hemos perseguido esta mañana una hermosa bandada que se nos escapó: ¿no la habeis encontrado?

— Malo es tu nuevo oficio, dijo Gil Perez; si no tenias mas que eso que decirme has hecho mal de venir sobre nosotros con tus compañeros, como hacen los ladrones. Cuando os he descubierto en el horizonte habia delante de mí en efecto una bandada de avestruces, que he ahuyentado; si son esas las que buscas, continúa tu caza y déjanos seguir nuestro camino.

Durante este corto diálogo, los boyeros tranquilizados habian dejado de estar sobre la defensiva; los compañeros de Fernando se acercaban á ellos lentamente, con una indiferencia señalada y haciendo cigarrillos de papel. Principiaba á entablarse conversa-

ción entre los supuestos cazadores y los boyeros. Perez bien que no recelase ninguna traición, vacilaba en ponerse en marcha en tanto que no se hubieran alejado Fernando y su cuadrilla. El alto se prolongaba pues, y la bandada de avestruces que ya no oían el chasquido de las carretas andando, volvía á presentarse sobre la colina detrás de la cual había ido á refugiarse.

— Don Gil, repuso Fernando, apuesto que mi caballo que ha andado ya diez leguas seguidas esta mañana, alcanza á uno de esos volátiles antes que el de Vd. que está bien descansado.

— No tengo tiempo para aceptar tu desafío, respondió Perez incomodado con aquella tardanza; el llano es una tierra poco segura, y tengo ganas de ver las primeras casas de Córdoba.

— ¡Qué diablo! esa carrera es asunto de cinco minutos, dijo el arriero; ea, un galope y le liberto á Vd. de mi presencia y la de mis amigos, que á fé mía parece no les agrada.

— Pues vamos allá, con tal de que yo prosiga mi camino, respondió Perez.

Y dió de espuelas á su caballo.

Fernando le seguía tan cerca que sus rodillas se tocaban.

Los gauchos y los boyeros lanzaban gritos de alegría para excitar más á los caballos, que parecían volar por el llano. Ya también las aves que veían la persecución huían presurosas; con el cuello tendido azotaban el aire con sus cortas alas y se reaban aquel océano de altas yerbas haciendo á derecha é izquierda rápidas y bruscas conversiones.

Los dos ginetes perseguían con furor y se acercaban á ellas. Diez minutos hacia que duraba esta carrera furiosa cuando Fernando principió á quedarse atrás. Gil Perez, que se volvía para calcular con los ojos la distancia que le separaba de él, vió que sacudía en la mano un par de bolas gruesas como el puño. (Esta arma, que los gauchos lanzan á veinte pasos, se compone de tres bolas atadas á tres cuerdas; la que se queda en la mano es más larga que las otras.)

— Amigo, le gritó sin detenerse, estas bolas son buenas para echar por tierra á un potro indómito.

Gil Perez estaba buscando en su cinto las bolitas de plomo que iba á tirar á uno de los volátiles, cuando su caballo cayó con las patas delanteras enlazadas en las cuerdas que acababa de lanzar el arriero. La violencia de la caída estuvo en proporción de la velocidad de la carrera.

Fernando lanzó un grito de triunfo al ver á su rival rodando en el polvo. Perez, que había caído sobre el lado izquierdo, buscaba su sable para cortar la terrible cuerda que tenía preso á su caballo; el pobre animal jadeante y cubierto de espuma pateaba con fuerza; pero antes de que Gil Perez hubiera podido tomar su arma, el arriero se apeó y le agarró por el cuello.

— Eres un traidor y un cobarde, gritaba el desgraciado Perez aturrido con su golpe y tratando de libertarse de las garras de su enemigo. Me has armado un lazo para asesinar me.

— Y no es todo, respondió friamente el arriero. Mira por allí... ¿ves ese humo?... son tus carretas que están ardiendo. La llanura es una vasta hoguera... A tí quería yo cazarte, carretero; seguí tu consejo; puesto que por tí no pude seguir mi oficio de arriero, le dejé por el de bandido. He visto á Pepa... ya no me quiere... El traidor eres tú que has destruido todas mis esperanzas.

Perez era un hombre esforzado y vigoroso, y su enemigo no habría osado luchar contra él con armas iguales, pero la sorpresa y el espanto paralizaban sus fuerzas. Fernando le asesinó á sangre fría, luego le echó una cuerda al cuello, y como respirase aun, le arrastró hasta el borde de un arroyuelo donde le arrojó cubierto de sangre.

En el horizonte se elevaban columnas de humo; las llamas devoraban las yerbas de la llanura con un ruido sordo. Antes de que el incendio hubiera llegado á las carretas, los gauchos se habían apresurado á robar lo que contenían; sus aullidos de triunfo se mezclaban con los chasquidos de la llama, y con los mugidos de los bueyes espantados que los boyeros á caballo llevaban á toda prisa delante de ellos.

Armados como lo estaban, los boyeros habrían podido resistir á los bandidos y ponerlos en fuga, pero hallaron más natural unirse á ellos, más prudente no exponer su vida por salvar la fortuna ajena, y más lucrativo repartir los despojos después de una victoria que solo á su voluntad era debida.

Una vez que llegaron fuera del alcance de la llama que espiraba en las márgenes del arroyuelo donde Perez aquella misma mañana había operado un reconocimiento para encontrar un paso, reunieron el botín para distribuirlo. En cuanto á los bueyes los mataron á tiros; esos pobres animales respiraban aun cuando ya aquellos hambrientos cortaban en sus carnes palpitantes los pedazos que más les acomodaban. Cada uno de ellos se sacó según la fuerza de su apetito, y luego abandonaron á las aves de rapiña los restos de los bueyes que algunas horas antes arrastraban valerosamente las quince carretas de Gil Perez por la interminable llanura.

Fernando se presentó en breve en medio de los carreteros reunidos con los gauchos, y ninguna voz se elevó, ni siquiera entre los boyeros, para preguntarle lo que había hecho de su jefe. Los hombres que servían á Gil Perez no habrían consentido en su muerte, y hasta le habrían defendido si hubiera estado allí

para mandarles, pero en la ausencia de su amo, el mal ejemplo les contagió y *aullaron con los lobos*.

— Amigos míos, les dijo Fernando, el que quiera que me siga, el que no está libre. Los que no tienen caballos pueden montar en ancas, detrás de mis ginetes, hasta que lleguemos á una parte donde les prometo potros de brío.

III.

Más alarmado á cada instante el mayordomo de la casa de postas, el viejo Toribio, andaba espionando al enemigo en todas direcciones, pues se prometía que le vería llegar de bien lejos para que las dos señoras y Juanillo tuvieran tiempo de escaparse. Una tarde creyó que en el monte se oían voces de hombres; los perros no ladraban, pero la costumbre que tienen de alimentarse con carne cruda en esas comarcas les ha hecho perder la finura del olfato, de modo que Toribio más bien confiaba en su propia vigilancia que en el instinto de esos animales.

Sin detenerse un punto echó las bridas á los caballos que tenía siempre ensillados en el corral y suplica á las dos señoras que huyan por el camino de Córdoba. Doña Ventura ayuda á su hija, trémula de susto, á montar en ancas detrás de ella; Pepa enlaza sus dos brazos en torno del cuello de su madre y se recomienda al viejo mayordomo que armado con un sable y una carabina estaba dispuesto á escoltarlas.

Juan que no comprendía la gravedad del peligro (tenía doce años), se agarro riendo á las crines del caballo y se encaramó sobre la silla, con su honda en la mano, pues jamás el caprichoso niño quería salir sin ella de su casa. La familia emprendió, pues, su fuga que habría sido posible si el enemigo no hubiese conocido las cercanías de la casa tan bien como podían conocerlas sus propios habitantes.

Fernando después de haber colocado sus espías en todos los puntos por donde podrían escaparse, se había emboscado en el mismo camino de Córdoba. La familia no podía marchar en tanto silencio que no la oyeran; Fernando la salió al encuentro y cerrando el paso, exclamó:

— ¡Alto! el arriero tiene que decir á Vds. dos palabras.

— Corran Vds. al monte, gritó Toribio disparando un balazo al bandido, que le rozó la frente; Juanillo, hijo mío, tiéndete sobre la silla y no tengas cuidado á las ramas.

Pero al decir esto cayó con la cabeza abierta por un sablazo que le dió el bandido.

— Me he defendido, dijo Fernando tomando la mano del anciano, sino me hubieras atacado te habría dejado pasar.

Toribio fuera de combate ya no quedaba nadie para defender á la viuda y á su hija. Ya he dicho que los hombres de la casa de postas habían desertado casi todos, y los restantes dormían en el monte.

Fernando en cuanto vió caer al fiel mayordomo se lanzó detrás de las dos mujeres que trataban de abrirse camino por medio de los árboles. En breve las alcanzó; las mujeres no gritaron, el miedo las había dejado sin voz en la garganta. El arriero las llevó hácia la casa sin desplegar los labios. En aquella misma sala donde pasamos la noche, Fernando se encontró solo con doña Ventura, que tantas veces le había recibido con bondad y con su hija que acaso le había amado.

— Doña Ventura, dijo Fernando sentándose delante de ella, no pido á Vd. su hija que por derecho de conquista me pertenece; tampoco quiero hacer de ella mi mujer pues he renunciado al matrimonio, pero me seguirá en calidad de bailarina, á mí y á los míos. Vamos, Pepita, anda á ponerte las galas que te dió Gil Perez; qué obsequioso era ¿no es verdad? Y Vd., doña Ventura, mande Vd. que traigan sus caballos para los hombres de mi banda que carecen de ellos.

Entretanto los gauchos invadían la casa en tumulto y gritaban pidiendo caballos, pero Toribio antes de marchar había diseminado por el monte los del servicio de la posta y era imposible reunirlos. Para calmar la impaciencia de aquellos bandidos doña Ventura les dió cuanto aguardiente tenía en la casa; prometiase emborracharlos y huir durante su sueño, pero Fernando no bebía. En cuanto amaneció envió una parte de la banda en busca de los caballos que hallaron errantes por el monte. En breve la casa de postas estuvo saqueada y los gauchos la incendiaron con el pretexto de caentarse, de lo cual resultó una escena de confusión y de desorden á cuyo beneficio doña Ventura creyendo poder sustraerse á los ojos del arriero, arrastró á su hija hácia unos matorrales donde ambas de rodillas y petrificadas de espanto dirigieron al cielo los ruegos más fervientes.

Poco á poco se fué restableciendo el sosiego; los gauchos se alejaban unos detrás de otros, estos blasfemando, aquellos cantando, todos cargados con el botín que habían recogido cuando el incendio de las carretas y luego en el saqueo de la casa. Cuando los más rezagados echaron al galope para reunirse con sus camaradas, Fernando se adelantó solo hácia los matorrales donde las dos mujeres abrazadas esperaban con un vislumbre de esperanza el instante de su salvación.

Fernando cogió á Pepita por el brazo, la hizo sentar por fuerza en ancas de su caballo, y luego dando un puntapié á la madre que pugnaba en vano por llevarse á Pepita, la dijo:

— La prometí á Vd. mi protección, y he cumplido mi palabra. Adios.

Y desapareció al galope llevándose á la joven más muerta que viva. La pobre Pepa lanzaba gritos lamentables, y por toda respuesta el arriero cantaba esta coplilla que Vd. recordará:

No estés tan contenta, Juana,
En verme penar por tí;
Que lo que hoy fuere de mí,
Podrá ser de tí mañana.

¿Qué se hizo doña Ventura abandonada en medio de una soledad devastada? Nadie lo sabe; sin duda perecería de hambre, de miseria y de frío. Juanillo no volvió á presentarse tampoco en la casa de postas. Llevado por su caballo que azuzaba con sus espuelas y con su honda, el pobrecillo se perdió en las pampas. El caballo sin aliento cayó reventado al fin de una carrera que había durado veinticuatro horas, y Juanillo espantado al verse solo en el desierto, sin saber qué camino tomar, perdió la cabeza. Demasiado inexperienced para guiarse de día por el sol y de noche por la luna anduvo errante á la casualidad el tiempo que Dios quiso. Ocho días después de su fuga se encontró en la frontera del país de los indios el cuerpo de un niño que se creyó sería el suyo, con una honda en la mano; este objeto y los espuelas que llevaba en los pies era todo lo que podía reconocerse en aquel pequeño cadáver convertido ya en un esqueleto por las aves de rapiña.

(Se concluirá.)

Nuestra Señora de Fourvieres.

La inauguración de la estatua colosal de Nuestra Señora de Fourvieres ha sido motivo de una gran fiesta para la ciudad de Lyon. El señor arzobispo acompañado del obispo de Belley, del cabildo de la catedral, de los seminaristas y del clero de todas las parroquias con sus mangas, cruces y estandartes, subieron ese día en procesión solemne la cuesta de Fourvieres entre las oleadas de una compacta muchedumbre, y allí el santo prelado al toque de las campanas de todas las iglesias, al ruido de la artillería de los fuertes echó su bendición á la estatua monumental de Nuestra Señora de Fourvieres que desde aquel instante deja brillar á los rayos del día los reflejos de sus resplandecientes adornos de oro. En la noche de aquel mismo día los muelles del Saona resonaban con alegres músicas mezcladas con cánticos religiosos, la ciudad entera se iluminaba, y las embarcaciones amarradas á la orilla llevaban una corona de luz. La torre nueva de Fourvieres se veía también rodeada de luces, y ese faro brillante, en cuyo centro aparecía majestuosamente la nueva estatua anunciaba á toda la comarca en muchas leguas en contorno que Lyon acababa de inaugurar la imagen de su santa patrona.

Efectivamente no hay en el seno de esa ciudad otro monumento que mas enorgullezca á los habitantes que la iglesia de Nuestra Señora de Fourvieres: en la antigua población es el más rico en recuerdos, el más venerado en el país, el más glorioso por las santas tradiciones que datan de su cuna y que se han ilustrado en las edades contemporáneas. ¿Qué viajero ha pasado por Lyon sin detenerse á visitar ese santuario famoso que domina la ciudad y sus arrabales? ¿Y que rincón del mundo cristiano no ha enviado hácia la santa montaña sus peregrinos fortificados por los ardores de la fé?

La historia de esa iglesia célebre que se elevó sobre las ruinas del fastuoso palacio de los emperadores romanos sería muy larga de contar: la sangre de los primeros mártires galos enrojeció su suelo, el vandalismo llevó á ella sus antorchas devoradoras y las turbas revolucionarias rugieron en su santuario. Papas y reyes se han arrodillado piadosamente en el templo, y con los poderosos los pobres y los afligidos han ido á miles á buscar en él la cura de sus cuerpos dolientes ó la paz de sus almas desoladas.

Vamos á enumerar en pocas palabras las faces históricas que la dan tantos títulos á la veneración del pueblo lionés. — Por el lado de la ciudad se eleva una colina cuya vertiente occidental da frente á la Croix-Rousse y mira á la confluencia del Saona y del Ródano; es Fourvieres. Sobre su cúspide los fundadores de *Lugdunum*, pusieron las primeras piedras de esa vasta y soberbia capital de la Galia celta. Luego en el mismo sitio se elevaron el suntuoso palacio de los Césares, los pórticos del Foro edificado por Trajano y el anfiteatro con sus vastas arenas. Era el centro de las cuatro grandes vías romanas, arterias inmensas que dividían las Galias de los Pirineos al Rhin, del Océano á las bocas del Ródano. A la derecha se extendía esa maravillosa línea de acueductos cuyos gigantescos vestigios se pueden admirar aun en el día y que llevaban á la ciudad las aguas que tomaban hasta en los manantiales del monte de Oro y del monte Pilat. Luego á la falda, ó sobre la vertiente de la montaña estaban los templos de los dioses y las elegantes moradas de los patricios.

Dice una antigua tradición que en el segundo siglo de nuestra era, en lo más fuerte de la persecución religiosa, un venerable pontífice, san Pothin, primer obispo de Lyon, trajo de Oriente una imagen de la Vir-

gen, piadosamente conservada bajo los pliegues de su capa y que la elevó una capilla á la falda de la ciudad romana. Muchos discípulos corrieron á su voz y abrazaron la fé nueva, pero el pastor y su rebaño fueron arrastrados á la colina donde sufrieron el martirio. San Ireneo su sucesor y millares de neófitos fueron igualmente entregados á las llamas ó arrojados en el anfiteatro al hierro del gladiador y á los leones de Nubia. ¿Cómo la nueva ciudad convertida á nuestra santa religion, podia olvidar ese terrible holocausto que consagró la era de su transformacion?

Séptimo severo el vencedor de Albino en los campos de Trevoux, fué quien en su cólera destruyó los fastuosos edificios que hacian el orgullo de la colina. Lo que quedó aun en pié no halló gracia ante el furor de los bárbaros, y de en medio de esos opulentos vestigios se elevó por el siglo IX un modesto oratorio dedicado á la Virgen. Los materiales se hallaban á la mano; con los trozos mutilados de las columnas con los pórticos ennegrecidos por la llama y deteriorados por el tiempo se construyeron cuatro paredes bien sencillas que se cubrieron con una pobre techumbre.

Su ensanche data de 1168. Oliverio de Chavannes canónigo de Lyon, elevó la nave larga dedicada á santo Tomás que habia venido á Francia á buscar un refugio contra la persecucion. Hé aquí como el abate Cahour cuenta el origen de esta dedicatoria:

« Un dia que Tomás Becket, su amigo Guichard y el canónigo Oliverio de Chavannes se paseaban juntos por la plazoleta de San Juan, vino á recær la conversacion sobre las nuevas construcciones que se hacian en Fourvieres; los ojos del desterrado se clavau en la colina y pregunta:

— ¿Cuál será el patron del nuevo santuario?
— El primer mártir que vierta su sangre, responde uno de ellos. »

El santo prelado debió sonrojarse, pues mas de una vez habia predicho el glorioso combate que debia co-

ronar su lucha. Sabido es que veintiseis dias despues de su regreso á Inglaterra Tomás, llamado por su rey fué asesinado al pié de los altares por cuatro cortesanos.

Esta tierna dedicatoria no pudo ménos de aumentar de edad en edad la veneracion de los fieles á ese asilo sagrado por tantos títulos. Las ofrendas se hicieron numerosas. Felipe de Saboya dotó la fundacion con un capitulo y ricos dones, y el rey de Francia Luis VII envió á ella un *ex-voto* despues de la cura maravillosa de su hijo que debia llamarse un dia Felipe Augusto. En 1251 el papa Inocencio IV concedia cuarenta dias de indulgencia á los que visitasen el santuario de Fourvieres, y en 1336 se asignaba en las solemnidades públicas un puesto de honor al capitulo, y se le confiaba una de las llaves de la ciudad. Por último en 1446, Luis XI despues de su victoria sobre Cárlos el Temerario, calzándose la sandalia del peregrino, subia la colina famosa para rendir homenaje á la Santísima Virgen y ponía bajo su tutela veinticinco pueblos.

En 1551 se presentó en Lyon el baron de Adrets que robaba las iglesias, echaba á tierra sus murallas y decapitaba á los santos de piedra. El oratorio de Fourvie-

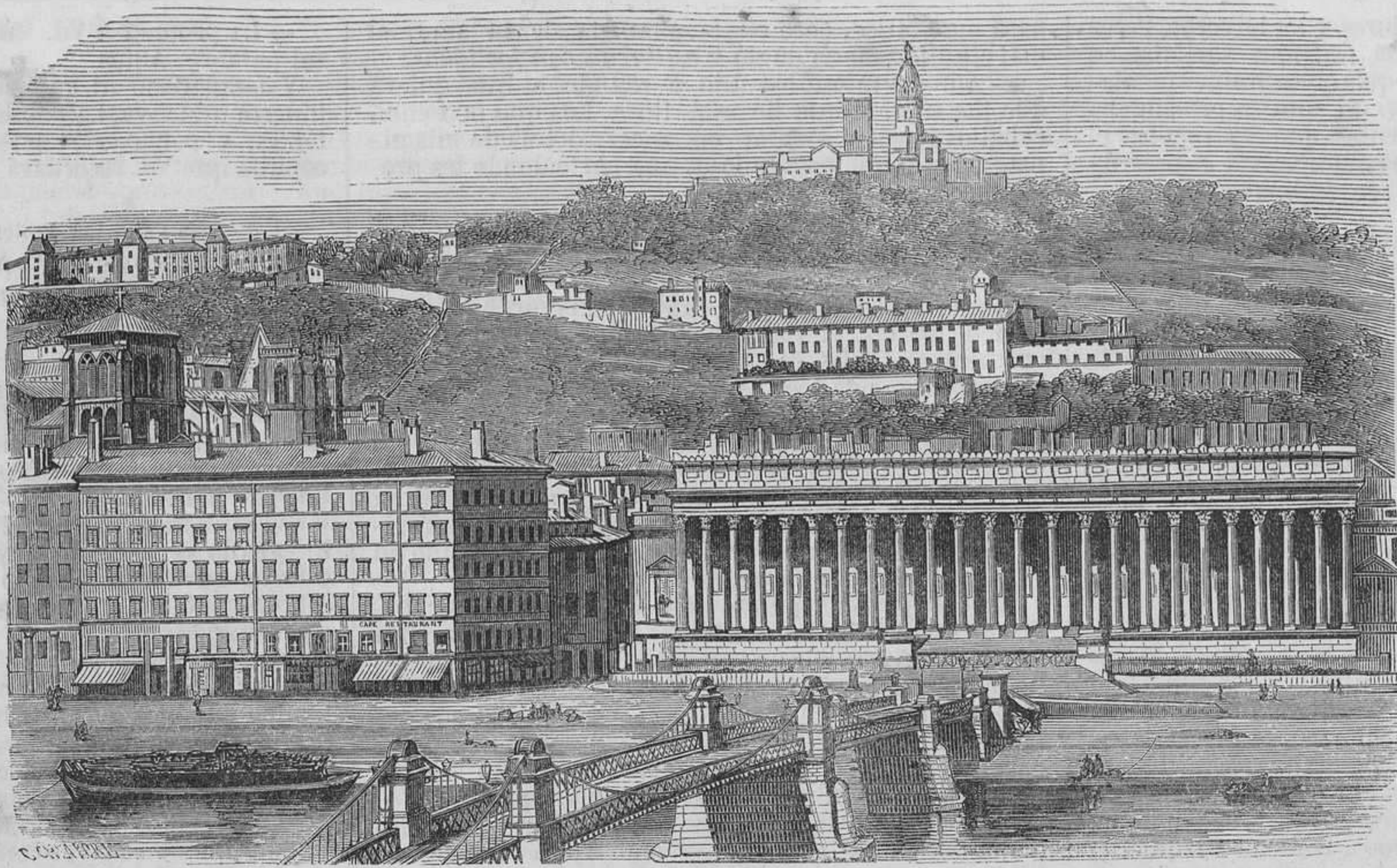
religiosamente observada y aun en el dia da sus frutos. »

Por esa época en efecto, se aumentó el fervor unido á una confianza inalterable, y esa devocion se manifestaba en actos exteriores de todo género. Cuando una embarcacion bogando por el Saona pasaba á la vista de la catedral, el ruido de los remos cesaba de repente sobre las hondas tranquilas, y el capitán en pié sobre la popa saludaba en nombre de la tripulacion y la brisa se llevaba un *Ave María* que salia piadosamente de sus labios.

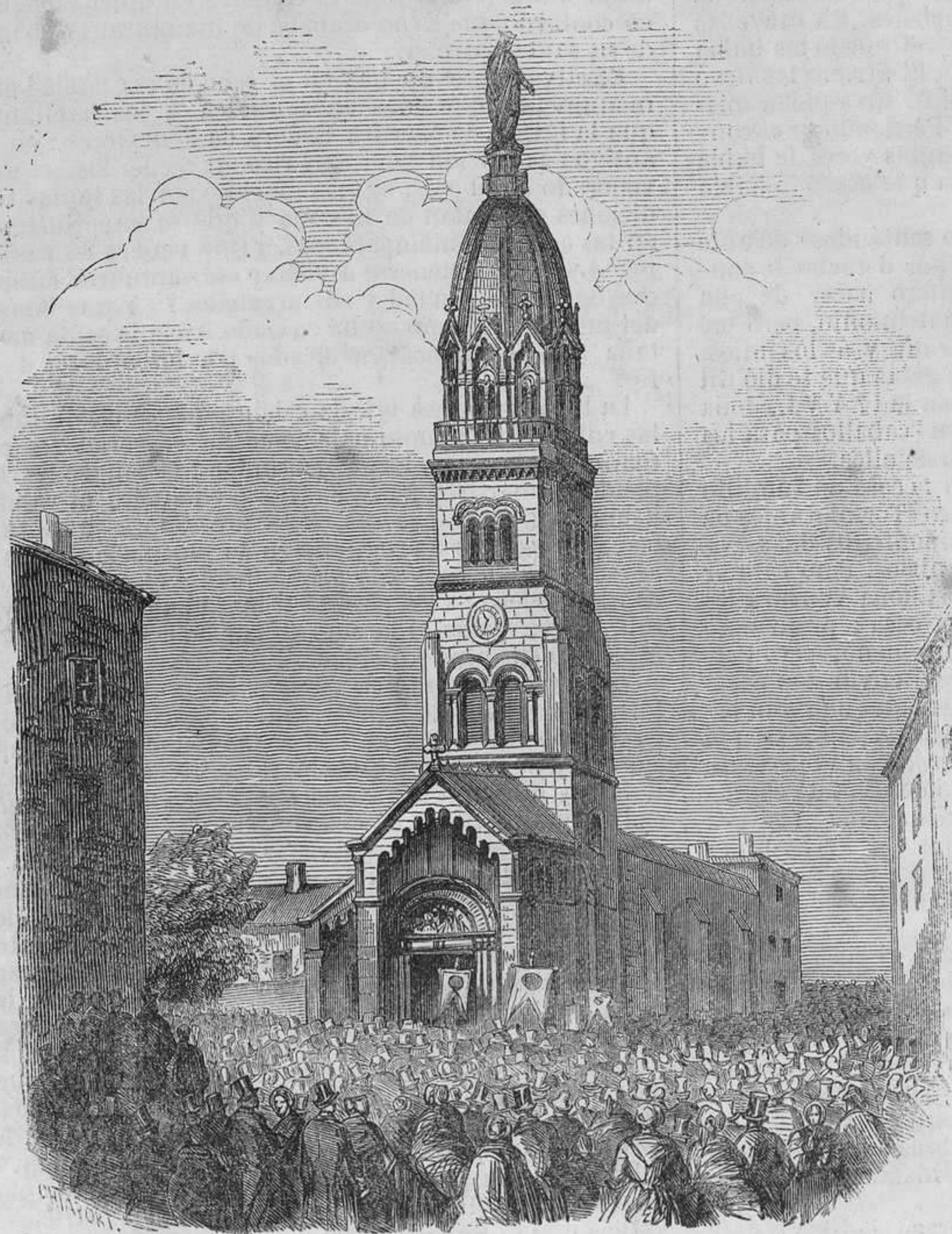
El año 1630 quedó señalado por una romería real. Ana de Austria casada hacia quince años fué á pedir á la Virgen la fecundidad de su seno estéril hasta entonces. El deseo de la reina fué escuchado y nació Luis XIV.

El 1657 los regidores de Lyon consagraron el reconocimiento público á la Virgen por un monumento de forma piramidal que en el dia ya no existe, y en 1740 los cónsules llegaron en cuerpo á colocar la primera piedra para el ensanche del templo. La dedicatoria del nuevo santuario se hizo en 1751.

La revolucion de 1789 se apoderó de la iglesia; man-



Colina de Fourvieres, en Lyon.



Iglesia de Nuestra Señora de Fourvieres. — Vista exterior.



Iglesia de Nuestra Señora de Fourvieres. — Vista interior.

dó hacer el inventario de sus adornos y reclamó los collares, los diez mantos y las cuatro coronas de la imágen. Las puertas del edificio se cerraron, pero un jardinero piadoso pudo penetrar secretamente y ocultó entre los tejados la estatua despojada y sustraída á la veneracion del pueblo.

Vendida la iglesia á un particular fué rescatada por suscripcion cuando el primer cónsul devolvió á la religion sus altares profanados. El 19 de abril de 1805 el papa Pio VII al regreso de la consagracion del emperador la abrió de nuevo con una solemnidad inusitada y desde lo alto de la cuesta que domina la ciudad bendijo á los cien mil habitantes arrodillados sobre los muelles y en las calles próximos á Fourvieres. El 19 de abril ha quedado en Lyon como un aniversario memorable y todos los años el capítulo y el clero de la catedral van en procesion á la colina.

En 1832 el cólera despues de haber destrozado el Norte y el Centro de la Francia, llega á las puertas de Lyon y retrocede, y en 1835, atraviesa la ciudad sin detenerse en ella. Con este motivo los habitantes decidieron que un cuadro conmemorativo diria á las edades futuras esa proteccion milagrosa atribuida por la voz pública á Nuestra Señora de Fourvieres. Un hijo de Lyon, que llegó á ser uno de los primeros pintores religiosos de la época, Víctor Orcel, fué encargado de trasladar al lienzo esa piadosa idea; pero murió ántes de haber podido concluir enteramente su obra, que lo fué por sus amigos y que todo Lyon admiró en la Exposicion de 1852. Este cuadro figura hoy entre los muchos *ex-voto* que adornan el interior de la iglesia.

El asunto se halla bien combinado y tratado con la superioridad que caracterizaba á ese artista. La Virgen pintada sobre un trono tiene un niño sobre sus rodillas; la estrella de la mañana la inunda de luz y dos ángeles extienden sobre su cabeza sus títulos de gloria. A sus piés se arroja una mujer desolada con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas; es la ciudad de Lyon á cuyo lado un leon, simbolo de la ciudad, lame tristemente su herida. A la izquierda san Pothin, san Ireneo y santa Blondina, protectores de la suplicante, interceden por ella; á la derecha el Cólera bajo las formas de un asiático con el cuerpo bronceado, amenaza á la ciudad con ojos feroces, y detrás se alzan la Guerra civil armada de un puñal y la Muerte que lleva corona de hierro, signo de la fúnebre majestad que se extiende sobre los sepuleros y los cadáveres. Pero los ojos de la Virgen se clavan en la ciudad que cubre con su manto en tan que el niño la bendice, y que una magnífica figura de ángel con el rostro suave pero fuerte con su celestial poderío echa abajo con su espada la copa de bronce que el Cólera tiene en su mano crispada.

Debajo de la composicion se ve la colina de Fourvieres, y debajo el retrato del pintor con esta inscripcion:

DUM CIVIUM VOTUM ABSOLVIT, IMMATURA MORTE PRÆREPTUS PICTOR LUGDUNENSIS, VICTOR ORCEL.

A cada lado hay un letrero que explica la gratitud y el voto de los habitantes.

En 1834 Fourvieres cae otra vez en poder de los revoltosos. El santuario se convierte en un cuerpo de guardia de la insurreccion, pero ninguna mano profana se atrevió á tocar el arca santa. El respeto de las tradiciones permanece vivo en esas almas dominadas por la pasion del desórden. Los insurrectos sacaron dos cañones del fuerte de san Ireneo, los pusieron sobre la meseta de la iglesia, y lanzaron descargas de metralla sobre la ciudad desde aquel mismo sitio donde en otro tiempo Pio VII envió su bendicion. Respondió el cañon de Bellecourt, pero por mas cuidado que pusieron los artilleros para no tocar al exterior de la iglesia, muchas balas pegaron contra las columnas.

En 1848 el arzobispo de Lyon fué á Fourvieres seguido de su clero y renovó el voto de los cónsules pidiendo á la Virgen que tomara la ciudad bajo su proteccion. Por último, en 1850 el concurso de fieles era tan numeroso que el prelado propuso el ensanche de la iglesia, idea que fué acogida con entusiasmo, hasta el punto de que aun los mas pobres quisieron contribuir á los gastos de la obra. Se reunió lo suficiente para construir nuevamente todo el templo, pero no se hizo temiendo contristar á la poblacion con esa transformacion total.

La capilla habia resistido por espacio de muchos siglos á todas



Estatua de bronce dorado de Nuestra Señora de Fourvieres.



Cuadro conmemorativo del cólera, por Víctor Orcel.

las vicisitudes con un pobre cercado y un campanario humilde que hace poco aun se dibujaba modestamente en el horizonte. Por su elevada posicion, esta sencillez tenia algo de poético. Pero esa torrecilla se deterioraba, y además estaba medio oculta por el informe mirador del Observatorio y el paisaje perdía mucho de su hermosura; en suma, se resolvió destruir el campanario y elevar en su vez una torre alta que pudiese servir de pedestal para una estatua gigantesca de la Virgen de bronce dorado.

Esas nuevas construcciones se inauguraron como hemos dicho al principio de este artículo. La torre actual es de estilo bizantino: se compone de tres pisos; los dos primeros son de forma cuadrada, y el tercero, que es octógono, soporta una cúpula de cobre rojo. Tiene 44 m. de altura, y ha sido construida por los dibujos y bajo la direccion de un jóven arquitecto de talento, M. Duboys.

La estatua que tiene 5 m. de altura y 8 m. 50 con el pedestal, ha sido fundida con bronce de cañon por MM. Baux, Lanfran y Guerpillon. Se abrió un concurso en toda la Francia para suministrar ese modelo, y se llevó el premio M. Fabisch, profesor de la escuela de Bellas-Artes de Lyon, artista del mayor mérito, á quien debe esa ciudad hermosas esculturas y altares de mármol que son obras maestras. La estatua es de una ejecucion perfecta: la Virgen de pié tiene los brazos tendidos hacia la poblacion que patrocina.

Este monumento cuya elevacion total es de 52 m. 50 corona de un modo magnífico la colina ya tan graciosa de Fourvieres que ofrece en su conjunto el aspecto grandioso y la fisonomía que solo pertenecen á las ricas y vastas ciudades. A sus piés el Saona cubierto de puentes elegantes corre apacible entre dos muelles populosos. El palacio del arzobispo, la basílica de San Juan con sus antiguas torres y las columnas del palacio de Justicia cubren la base; á sus lados se ven sembradas bonitas habitaciones. Sobre la cresta se extienden en largos paralelogramos las construcciones de l'Antiquaille y el punto culminante se termina con el torreón del Observatorio y el campanario de Fourvieres. No es posible pintar ese efecto imponente producido por esa estatua de oro que se pierde en las nubes. Detrás de ella el sol luce en el Occidente y la hace resplandecer con los primeros rayos de la mañana, y por la tarde se destaca con majestad sobre el horizonte unas veces azul, otras oscurecido por las tempestades.

El interior de la capilla es muy sencillo: compónese de dos naves desiguales, á la izquierda la de santo Tomás, y á la derecha la de la Virgen con su altar guardado por ángeles, su estatua vestida de oro y seda, y sus paredes cubiertas de *ex-voto*.

Desde lo alto de la torre, el espectador contempla un precioso panorama: su mirada puede recorrer las calles de la vasta ciudad que tiene delante, seguir las corrientes del Ródano y del Saona en su confluencia, y perderse en un inmenso horizonte, desde los ventisqueros de los Alpes hasta las llanuras de la Bourgogne y de las cadenas del Jura hasta las cúspides prolongadas de las Cevennes.

El camino que se toma ordinariamente para subir á Fourvieres es una escalera, detrás de la catedral, escalera muy pendiente á cuya extremidad se encontrará una cuesta mas suave que serpentea sobre la colina. Cada paso en esa ascension, provoca la caridad: aqui está el refugio de los mendigos, allí el hospital de l'Antiquaille, mas allá el asilo de los sacerdotes ancianos y enfermos. Ese estrecho camino ha visto pasar en romería las generaciones que se han sucedido desde hace diez siglos, y espera aun á todos los que tienen sed de esperanza y de consuelo. Tambien os espera á vosotros, artistas y poetas; la santa montaña ofrece un asilo privilegiado al pensamiento fecundo, un rico dominio que explotar á todas las inteligencias superiores.

F. DE L.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

En la apertura de la Escuela normal de Madrid.

Con satisfaccion insertamos el brillante discurso pronunciado en la apertura de la escuela normal central de instruccion primaria por el señor D. Juan Eugenio

Hartzenbusch al abrir el curso de 1855 á 1856. El amor que el ilustre poeta ha mostrado siempre á la juventud estudiosa, y muy particularmente á la niñez, parecia predestinarle á dirigir la modesta, pero honrosa y santa carrera del magisterio. Esta era la única gloria que faltaba al señor Hartzenbusch. Hoy que la ha alcanzado, nosotros le felicitamos sinceramente.

He aquí de qué manera juzga el sabio literato y delicado poeta la noble misión de los que consagran su vida á iluminar con los primeros destellos de la ciencia la oscura inteligencia del hombre :

Señores : Esta es la primera vez que abre curso la escuela normal central de instrucción primaria desde que S. M. la Reina (Q. D. G.) se dignó poner á mi cuidado la dirección de tan importante establecimiento : esta es por consiguiente la primera vez que os puedo con tal motivo dirigir la palabra.

Extraño á la carrera del magisterio; traído aquí mas por la fuerza de los sucesos que por elección propia; con firme propósito de satisfacer mis actuales obligaciones; con vivo deseo y justa desconfianza de acertar en el modo, no puedo hablaros á la manera de maestro, porque en la edad propia de los estudios apenas fui discípulo, ni me corresponde el lenguaje de los hombres de administración. Porque hasta poco ha la práctica de toda mi vida no habia sido el mando, sino la obediencia : solo me toca decirlos, como encargado de esta casa, que es lo que exige de vosotros la profesión que abrazaís con arreglo á las necesidades intelectuales del pueblo español en los tiempos en que vivimos.

No esperéis de mí un discurso académico : plática familiar y sencilla es lo que conviene á este acto, grave sí, por su naturaleza; modesto, como veis, en sus materiales circunstancias. Luzca las galas de la retórica el orador en cuyo auditorio se reúnan las grandezas todas de un país, tanto en posesión como en esperanza; donde tenga á la vista las celebridades de todo género, en medio de una juventud, heredera inmediata de las grandezas y celebridad presentes : el que os habla á vosotros, á vosotros cuya voz ha de encaminarse de continuo á la infancia y á la adolescencia, debe usar un lenguaje llano, sincero y sin adornos de arte, como de amigo, semejante acaso al que emplearéis vosotros mismos con el auditorio, que mas adelante habréis de tener.

Y no porque la materia deje de tener importancia, señores : el cargo de maestro de instrucción primaria, no solo es grave, sino casi sagrado. En España, lo mismo que en otros países, hay millones, muchos millones de individuos que, necesitando una educación religiosa y civil mas ó ménos extensa, no pueden recibir otra que la que les dé el preceptor, hijo de estas escuelas. El labrador, el artesano, el dependiente de un escritorio, todos los padres de familia con pocos medios, que emplean el día, fuera ó dentro de su casa, en una tarea que no permite interrupción si ha de ser productiva, tienen que poner á sus hijos en manos de los profesores de instrucción primaria para que los enseñen y eduquen; y el Estado, justa y oportunamente previsor, quiere que al sustituir el maestro al padre, le supla con ventaja. Oficio de padre vais á desempeñar, y de padre bueno; porque el Estado, que no puede impedir que en el padre natural concurren defectos y acaso vicios, puede y debe exigir que el padre instructor solo posea prendas recomendables : tiene que aceptar al uno; pero al otro le forma, le experimenta, le elige; y si no reúne las circunstancias convenientes, no le incluye en el número de los primeros, mas necesarios, ménos brillantes y mas útiles propagadores de la ilustración.

¿ Cuáles son pues las circunstancias que deben adornar al maestro de instrucción primaria? La primordial, y de todas maneras imprescindible, es la moralidad, la religiosidad, la virtud : el maestro español necesita ante todo ser ejemplar cristiano, mucho mas ahora, cuando por cuestiones de mundano interés, parece que desde la márgen del Tiber, desde las gradas del Capitolio se dirigen recelosas miradas á los católicos hijos de la nación que combatió en defensa de su ley siete siglos, y llevó la santa insignia del Crucificado desde Orán al estrecho de Magallanes, desde el pico del Teide hasta los escollos del Archipiélago filipino. Conducta sin tacha, fé viva, y tierna devoción á la Reina de los Angeles, cuya inmaculada Concepción pertenece ya al dogma, son las primeras condiciones que necesita reunir el maestro : con ellas, aunque su ciencia no fuese mucha, ya pudiera ser útil á su patria, educándole hijos virtuosos.

Pero estos hijos serán un día ciudadanos de un pueblo, cuyas instituciones han de formar su espíritu, el cual necesita ser noble y ser uno para constituir la fuerza, la grandeza y gloria de la nación : el maestro pues, que puede echar en el ánimo de sus tiernos alumnos la primera semilla de las virtudes cívicas, está en obligación de ser, en igual grado que de la ley de Dios, fiel observador y amante de la ley política que la nación establece por sí para sí. A la generosa índole de las instituciones que hoy rigen á España, se debe el ensanche que la instrucción primaria ha recibido : para tener verdaderos ciudadanos, es preciso llevar á todas partes la luz de la ciencia; las tinieblas de la ignorancia forman la atmósfera de la servidumbre.

Todos vosotros, los que principiáis á asistir á esta escuela, habéis probado ya en el examen de ingreso la aptitud suficiente en lectura, escritura, gramática y aritmética elemental : permitidme no obstante, señores, recordaros que en los diversos ramos del saber, nada hay que no sea importante, nada que pueda sin reparo desatenderse. Todos leemos, pero entre el que lee bien

y el que masca letras, ó desentona cláusulas como yo, hay la misma diferencia que existe entre un borrador confuso y manchado, y la mas hermosa plana de un hábil calígrafo. El que lee ha de hablar lo escrito y ha de hablarlo segun la intención del que lo escribió, que no puede ser otra sino agrandar, enseñar, convencer ó persuadir al lector ó al oyente : quien no satisface estas condiciones desaira y perjudica al autor, ofende y molesta al que escucha. Clara voz, tono moderado en proporción al sitio donde se está, poca prisa y suficiente variedad de inflexiones segun corresponda, son los mas esenciales requisitos de una buena lectura en prosa : el verso requiere cierta especie de canto. Leed mucho, y de todo, y en alta voz, procurando entenderlo; que por aquí ha de principiarse para leer bien y dirigir luego acertadamente en este ejercicio á vuestros alumnos.

He dicho que leer es hablar bien lo escrito : operación que resultará tanto mas fácil, cuanto la escritura estuviera mas clara y artísticamente desempeñada. A la verdad, señores, que el arte de la escritura casi raya en lo sobrehumano. Hechos desde la niñez á ver letras por todas partes, en el papel, en el lienzo, en los metales, en las piedras, en el exterior de una casa, en su vestíbulo, en nuestra habitación, en los adherentes del vestido, en las joyas, hasta en la corteza del pan que comemos, no paramos la atención en este maravilloso artificio, uno de los que glorifican mas la inteligencia del hombre. Decir que solo con fijar la vista en una hoja de papel, sin que nadie os hable, sin que nadie nos prevenga nada, hemos de saber, por ejemplo, palabras que se pronunciaron tres mil años há, cosa es harto capaz de producir el mas vivo asombro, y sin embargo nadie lo extraña, por lo comun y vulgar del caso. Deseoso el hombre de saber lo pasado y comunicar lo presente, creó este arte para satisfacer una necesidad de su sér; satisfecha la necesidad, inventó el modo de hablar á la vista por medio de señales trazadas en una superficie, ya no se contentó el hombre con un sistema de signos suficientemente expresivo y claro; quiso además que el signo fuera fácil y bello, condiciones que necesita reunir la escritura de nuestra lengua; y que las reune en efecto con ventaja grande respecto de la caligrafía y ortografía de otros países. El carácter de letra español bastardo, que con arreglo á los principios de la utilidad y buen gusto es lo mas legitimo que se ha discurrido, no corre en verdad con tanta ligereza como el alemán, ni es tan adamado y pulido como el inglés, francés ó italiano; pero excede con mucho en claridad y gallardía al carácter de letra que usan estas tres poderosas naciones; contentas ellas con el suyo porque lo es, nos indican lo que debemos hacer nosotros con mayor motivo, porque nuestra letra, sobre ser española, es mejor que las extranjeras. Conservar ese carácter grandioso y bello, cuya oportuna distribución de gruesos hace que nuestros manuscritos se puedan conservar legibles perpetuamente, mientras en los documentos de mano ingleses desaparece la mayor parte de cada letra á los pocos años, ha de ser una de vuestras principales obligaciones.

Mas no basta pintar bien las letras, si no se usa bien de ellas y de los demás signos que emplea el que escribe para darse mejor á entender : nada significa una linda forma de letra, si no la acompaña la mas exacta y escrupulosa ortografía. Mucho se ha disputado sobre el modo de reformar la nuestra; muchas innovaciones han sido anunciadas con pretension de preciosas é inmejorables : el efecto único de tales disputas ha sido quitar alguna autoridad á un sistema, y no darla á ninguno. Si ahora se hubiese establecido por primera vez la escritura alfabética, si no existiera todavía manuscrito ni impreso ninguno, realmente lo justo y prudente seria inventar un signo para cada sonido de nuestra voz, representarlo siempre con la misma figura, y guardarse muy bien de emplear mas signos que sonidos elementales hay en la lengua. Pero cuando tantos millones de volúmenes se han escrito é impreso bajo otros principios, con tradición repugnante pareceria fundar un sistema ortográfico exclusivamente arreglado á la pronunciación, y tener que enseñar dos modos de leer, uno para el nuevo sistema, otro para el antiguo. El niño á quien se hubiera enseñado en la escuela que la letra llamada hoy *e* tenia el sonido que ahora la *k*, y la *h* el de la *ch*, ¿no habia de ver por esas calles un cartel de teatros? ¿no advertia impresa con *e* la palabra *función* y la de *hoy* con *h*? ¿no era natural que preguntara á su padre ó maestro qué queria decir *funkion* para *choy*? Y si le dijeran que habia dos maneras de escribir esas y otras palabras, ¿quién responderia de que el niño no mezclase uno y otro sistema, supuesto que tarde ó temprano habria que darle de ellos el necesario conocimiento? Anomalías y dificultades ofrece nuestro sistema gráfico, pero el inglés, el francés y el alemán las tienen mayores; y los niños de aquellos países las vencen, y allí es mayor la instrucción que en España : no es el ingenio de los españoles inferior al de los extranjeros, no ponen estorbo grande al ingenio las anomalías ortográficas.

Aun cuando redujéramos nuestro alfabeto, quedándonos con solo una de las letras que expresan dos sonidos, como la *e* y la *z*, la *g* y la *j*; aun cuando eligiésemos entre la *b* y la *v* suprimiendo una de ellas y tambien la *h* y adoptáramos para la *ch* un signo sencillo, todavia, señores, las personas de liviana instrucción troparían á cada paso en el uso de los acentos y en el puntuado. Para puntuar bien se necesita saber bien la analogía y la sintaxis; para acentuar bien se necesitan además nociones de prosodia : mas trabajo es,

mas tiempo exige el aprender bien las dos primeras partes de la gramática, que instruirse en la última, sobre todo en el idioma castellano, cuya ortografía, despues de la italiana, es la mas sencilla del mundo. Persuadios, señores, de que, á lo ménos por ahora, no es posible establecer en España una ortografía puramente fonética, es decir, fundada únicamente en la pronunciación; y habiendo de usarse una en que se atiende al origen de las voces y al uso de escribir las, indudablemente la ortografía de la Real Academia española es la mas autorizada, y para nosotros la sola que debemos estudiar y enseñar. Adoptémosla de buena gana, observemos y hagamos observar sus reglas; y á la vuelta de pocos años todos los españoles, alocionados ya por vosotros, escribirán bien, porque todos escribirán de la propia manera, y en estas cuestiones la perfección consiste en la uniformidad.

Dejando ya dicho que solo el buen gramático puede ser esmerado ortógrafo, parece inútil añadir que el estudio de la gramática debe formar una parte principalísima en el caudal de vuestro saber. A instruirse de vosotros han de acudir niños y adultos, hijos de padres pobres, cuyo lenguaje se habrá de resentir de la incultura en que viven; vosotros habéis de enseñarlos á corregir las locuciones viciosas, las frases mal sonantes, las imágenes impropiedades expresadas. Como habéis vosotros, han de hablar infinidad de españoles; fuerza es que vuestra habla sea clara y correcta, para que la de la generalidad de nuestro país no adolezca de rudeza y de confusión. Vosotros, antes de salir á ejercer el magisterio, tenéis que escribir en los exámenes discursos en que se manifiesten vuestras ideas sobre varios puntos de la enseñanza : lo ménos que se puede exigir de tales discursos es que estén escritos en buen castellano, como en buena letra y con ortografía escrupulosa.

Pero un escrito con letra hermosa, bien acentuado y puntuado, y en el cual no se halla descuido gramatical ninguno, puede ser plagado de errores en la materia sobre que verse : en cualquier escrito la parte caligráfica forma el cuerpo, la gramatical es la voz, la composición es el alma. Conforme al reglamento general de las Escuelas normales, tendréis que disertar sobre su régimen y gobierno y sobre los métodos instruccionales : no podréis escribir bien de pedagogía si no poseéis á fondo esta ciencia, si no os habéis ejercitado asiduamente en la práctica de sus doctrinas. La pedagogía, señores, harto descuidada hasta ahora en España, constituye un ramo de saber el mas importante para el maestro, porque sin él necesitais instruirlos para enseñarlas : otras estais obligados á conocer tambien, aunque no tan de lleno, porque mas han de servir para vuestro particular beneficio y ornato, que para explicarlas en las escuelas. Seguramente que no habéis de enseñar á los niños con grande extensión la historia natural, la física, la química, ni la agricultura; pero tened bien entendido que el maestro que no sepa mas de lo que ha de enseñar, no sabe lo suficiente para enseñar bien lo que piensa que sabe. Todos los ramos de la ciencia se dan la mano, todos se ayudan : quien sepa mas de todos, sabrá mas de uno.

Sin embargo, señores, no estamos nosotros llamados á desempeñar el brillante papel de sabios : vuestro encargo precioso, utilísimo y de grande afán, es, y no puede ménos de ser, modesto y oscuro. De los humildes bancos de vuestras escuelas han de salir los varones eminentes de España : vosotros habéis de poner la cartilla en la mano á los que habrán un día de tronar en el púlpito y arrebatarse en la tribuna parlamentaria, los que regirán los destinos de la monarquía, los que guiarán nuestros ejércitos á los campos de Marte, los que darán á los lienzos la vida, los que han de construir portentosas máquinas, inexpugnables fortalezas y templos dignos de la Divinidad. Ellos, marchando por diversos caminos, llegarán á juntarse en la cumbre de la gloria y de la grandeza : vosotros los veréis desde lejos, parados en el escalon social que habéis elegido.

Semejantes al labrador que siembra y cultiva plantas, cuyo rico fruto se presenta en los banquetes de los príncipes, sin que él salga por eso de su pobre cabaña, sembraréis vosotros el rico grano del saber, antes que otros maestros, quedándoos no obstante detrás de todos en la carrera de las honras y las conveniencias. El que á esta profesión se consagra, poca ambición manifiesta en efecto; pero, cuidado con abrazarla para desatender y dejar burlados los deberes que impone! No es culpable el que aspira á mandar un reino, si adquiere las cualidades propias de tan elevado puesto; y es por el contrario muy reprehensible el que ceniendo sus pretensiones á regir una escuela, descuida el estudio necesario, y espera obtener su título por otra via que la del mérito. Ni es tampoco ya vuestra profesión, aunque no muy acariciada por la fortuna, lo que era en tiempos no remotos aun, pero que vosotros no habéis conocido. Mucho dista hoy la instrucción primaria del grado de decoro á que es acreedora y que habrá de alcanzar un día; creo sin embargo que ninguno de vosotros habéis visto una escuela y un maestro como los que vi yo á la edad de seis años. Figuráos, señores, durante la gloriosa lucha de la independencia española, en un pueblo de cien vecinos, correspondiente á la provincia de Cuenca, una pieza situada debajo de la sacristía de la parroquia, pieza húmeda y oscura, porque carecia de ventanas y solo recibía luz y ventilación por la puerta; una mesa ni silla para el maestro, sin bancos para los alumnos, sin muestras ni carteles, ni imagen ni objeto alguno, ni era posible que los hubiese, porque en la puerta solo habia el hueco; los postigos y el marco ha-

bian sido quemados por los franceses en una de las ocasiones en que habian ocupado el pueblo y hecho caballeriza la escuela.

Allí se sentaban á un lado como unos veinte niños y muchachos de varias edades, y cuatro ó seis niñas al otro: de estos, seis ó siete llegaban á aprender á escribir, las cuatro reglas de cuentas y el catecismo; los restantes, en sabiendo leer, eran aplicados por sus padres á la labranza. De las niñas, dos tomaban lección de escribir en su casa, en la escuela hubiera parecido mal verlas coger la pluma, aunque no se tenía por indecente que se azotase á los muchachos delante de ellas. Escribían estos hincados de rodillas en tierra y colocando el papel sobre un trozo de poyo mas alto que el resto: despues se iban á sentar al poyo de enfrente con sus compañeros: duraba la clase unas tres horas por la mañana, y vendría á ser por la tarde otro tanto: no habia duracion de clase determinada, porque no habia reloj: en los dias sin nubes se conocia la hora de las doce, que era cuando el sol que entraba por la puerta, llegaba á cierto agujero del piso; en los dias nublados, la experiencia del maestro fijaba la hora de entrada y salida.

Era este el sacristan de la villa, pobre y con muchos hijos, y con solos 500 rs. de sueldo, hombre de ninguna instruccion formal, pero de buen entendimiento, celoso, bastante sufrido para lo que entonces se usaba, y, sobre todo, ejemplarísimo en sus costumbres. Enseñaba á leer como á él le habian enseñado 40 años antes; echaba un renglon á los discípulos de escritura para que lo imitasen como pudieran; mandaba aprender para los sábados un trozo de Catecismo, sin explicarlo nunca; explicaba si regularmente la lección de aritmética, que era, como ya he dicho, para muy pocos; y su tarea estaba cumplida. Jamás habia repasado una gramática; ignoraba completamente la ortografía; los nombres de Torio y de Palomares nunca habian sonado en su oido; si se le hubiese hablado con voces técnicas de física, de química y de historia natural, ó nombrado la palabra *pedagogía*, hubiera creído que se trataba de ciencias ocultas y sospechosas, cuyo estudio quizá seria caso de inquisición; en agricultura si, como era tambien labrador, hubiera podido darnos ventajosas lecciones. Esta era una escuela de pueblo en España en el año de 1812, y así habia infinitas en la Península; fuera de las de Madrid y las de varias ciudades populosas, acercábanse mas ó ménos todas á tan triste modelo.

Esto, señores, ha variado mucho: se han reformado las escuelas, se han instituido las normales; hay direcciones, hay inspecciones, hay un profesorado, hay cargos decentes que desempeñar, hay en fin una carrera que antes no habia, y el gobierno de la augusta Isabel II prepara en una nueva ley mejoras importantes que estais llamados á disfrutar. Las condiciones ya las habeis oido: para adquirir las, hay únicamente dos medios prácticos, asistencia y estudio. Unidos, producen el saber, separados, no alcanzan á ello: en casa se estudia, en la clase se aprende. Por eso nuestro reglamento solo tolera un número de faltas cortísimo; se cree, se teme con razon que el alumno indócil que asiste sin puntualidad á la cátedra será maestro negligente en la escuela; para que no la sirva mal, no se le fia. Porte respetuoso con vuestros profesores, atento y fraternal con vuestros condiscípulos, limpieza en el traje, en el habla y en la conducta recomiendan favorablemente al alumno y le autorizan para presentarse tranquilo al examen calificador de su capacidad y aplicacion respectiva, consiguiendo ver en la tabla de los anuncios escrito su nombre, acompañado de la nota mas honorífica; nota, señores, ¡que ojalá pudiérais todos ganar! No la perderéis por falta de celo en vuestros profesores, yo os lo aseguro; no recele, no se entibie, no desmaye el vuestro, y los deseos de unos y otros, que son los mismos, se verán felicisimamente coronados con ventajas grandes por vuestra parte, y con gloria igual para el establecimiento que os da la enseñanza y recibe de vosotros el crédito. Hé dicho.

LA SENSITIVA.

I.

Un cefirillo lozano,
Que rico encantó atesora,
Hijo de la blanca aurora
Y de las auras hermano;

Tendiendo el ala ligera
En blando apacible giro,
Es el último suspiro
De la alegre primavera.

No hay planta bella ni hay flor
Que sus caricias esquive;
La que sus besos recibe
Llora esclava de su amor.

Que en la inquietud de su vida
Tal sed de amar lo devora,
Que á cuantas besa enamora,
Y á cuantas seduce olvida.

Y en su gentil arrogancia,
Ya enamorado ya esquivo,
Le presta doble atractivo
Su caprichosa inconstancia.

E invencible en sus amores
Y en sus olvidos cruel,
Viven mirándose en él
Arroyos, plantas y flores.

Y en las verdes soledades
Desde el valle al soto umbrío,
Va rindiendo á su albedrío
Bellezas y voluntades.

Devoran por él distintos
Celos de amantes infieles,
Los lirios y los claveles,
Los nardos y los jacintos.

Que en su amorosa inquietud
Flor á quien su aliento llega,
Enamorada le entrega
Su hermosura y su virtud.

Todas á su impulso giran,
Todas con ansia le adoran;
Las mas inocentes lloran,
Las mas soberbias suspiran.

Y cada cual impaciente,
Para que repose en ellas,
Le tiende sus hojas bellas,
Que él agita indiferente.

Unas, le llaman su bien,
Otras, amor de los cielos;
Y mal ocultan sus celos
Las que le fingen desden.

Que mueren en honda pena
Desdeñadas á porfía,
La rosa de Alejandría
Y la cándida azucena.

Coge á su paso el rocío
Que como sirvos le ofrecen
Mimbres y juncos que crecen
En las márgenes del río.

Y le siguen voladoras,
Tras de sus alas ligeras,
Mariposas, mensajeras
Del amor de sus señoras.

Y no hay ternura ni afán,
Ni belleza que le inquiete,
Y no hay amor que sujete
Al inconstante galán.

Que en la inquietud de su vida
Tal sed de amor lo devora,
Que á cuantas besa enamora,
Y á cuantas seduce olvida.

II.

Solo á su altivez esquivo,
Indiferente á su fama,
Brotó entre la verde grama
Solitaria sensitiva.

Y el céfiro, sabedor
De que á su imperio resiste,
Con nuevas galas se viste
Por seducirla mejor.

Las alas con fácil brio
En las acacias perfuma,
Y arrastra encajes de espuma,
Y ciñe perlas del río.

Y lleva en vuelos suaves,
Como tributos de amores,
Las esencias de las flores
Y los trinos de las aves.

A la sensitiva llega
De afán y arrogancia lleno;
Y desde el collado ameno
Sueltas las alas despliega.

Y pasa en blando rumor
Y la saluda y suspira...
Y vuelve... y en torno gira
De la indiferente flor.

Sujeta el vuelo impaciente,
Posa sus alas en ella;
Y le parece mas bella
Cuando mas indiferente.

Mintiendo amantes congijas
La estrecha tímido y blando,
Quiere besarla, y temblando
Cierra la planta sus hojas.

Por si su rigor mitiga
En suspiros se deshace;
Y es inútil cuanto hace,
Ni la vence ni la obliga.

Mas el amor lo devora,
Cuanto ella mas se defiende;
Porque si es desden le ofende,
Y si es pudor lo enamora.

Y no se rinde á su ruego,
Ni la vence su porfía;
Y dicen que pasa el día
Enamorándola ciego.

Y que humilde en vez de altivo,
El vuelo apenas levanta,
De la pudorosa planta
Entre las hojas cautivo.

Y las flores, sabedoras
De tan extraños amores,
Murmuraron: que las flores
Son tambien murmuradoras.

Mas pronto cesó el rumor
De aquel murmullo indiscreto;
Y aprendieron el secreto
Con que se vence en amor.

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

El Amor y el Olvido.

Hija querida de la dulce aurora,
Pura como sus tímidos fulgores,
Entre infinitas y galanas flores,
Una mas bella acariciaba Flora.

Alzabase la flor encantadora,
Y creciendo en bellísimos colores,
Mostraba su ternura á los favores
Del solícito afán de su señora.

Flora halló una mañana carcomido
El hermoso botón, y en él escrita
La huella de un gusano maldecido.

«Tú eres la rosa del amor bendita,
Y ese gusano ruin es el olvido.»
Dijo, y lloró sobre la flor marchita.

MODELO ADOPTADO

POR LA NUEVA COMPANIA DE OMNIBUS REUNIDOS.

DE LA CIUDAD DE LONDRES.

No hay una sola persona á quien seguramente no haya seducido el aspecto de los omnibus ingleses.

Esa caja ligera y bien proporcionada, esos tiros cortos y veloces, esos muelles simplificados, y mas todavía la altura, la raza y la velocidad de los caballos, todo esto, decimos, da á ese género de coches el sello de distincion que se observa en todos los sistemas de locomocion empleados en Inglaterra.

El espíritu de competencia y el estímulo de la rivalidad han sugerido á todos los propietarios de estos coches, expedientes que han convertido en provecho de *lo pintoresco*. Este coche va tirado por caballos tordos, aquel por caballos pios, el otro por alazanes. Los arreos son ó enteramente negros, ó van enriquecidos con guarniciones brillantes; y es bastante comun encontrar un omnibus cuya caja es encarnada como el uniforme de un *coldstream*, seguido de cerca por otro omnibus azul claro, café con leche, verde esmeralda, ó escocés de cuadros vivos.

La rapidez de la marcha de estos coches es extraordinaria, y esto consiste principalmente en la excelencia de los caballos, que tienen una *estampa* y una ligereza propias de toda especie de caballos de raza pura sean cuales fueren sus proporciones. Estos caballos en nada se asemejan á los de los omnibus franceses, que siempre rústicos en medio de la civilizacion parisiense, relinchan, muerden y se encabritan en medio de la calle como pudieran hacerlo en los prados de Normandía.

Además, los cocheros y conductores ingleses están hechos á prueba de presteza, y su ojo es tan perspicaz y tan fino que deja muy atrás al de todos los cocheros conocidos.

No hay un solo transeunte que no sea objeto de una invitación persistente; los gritos, los gestos, las señas se suceden del ómnibus gris al ómnibus amarillo.

La enumeración ruidosa de las localidades por donde pasan, *Banck, City, Claring-Cross, Kinsington, Pall-Mall*, forma una música en la que todas las variedades de la voz humana, bajos, baritonos, tenores, tiene su nota favorita. A veces el personal de hombres y caballos se deja arrastrar por una especie de furor, y entonces se organiza en *Piccadilly*, en *Regent-Street*, y con frecuencia en las inmediaciones del Parque, una verdadera carrera contra la que no protestan los viajeros, arrastrados á su vez por el amor de la lucha caballar tan común entre los ingleses, resultando á menudo que los que van á pié paguen con una pierna ó una costilla rota el placer de ver llegar los caballos tordos ó los bayos.

Los ómnibus entran por mucho en las costumbres de la laboriosa é inteligente población de Londres, reportando un capital de tiempo en cambio de sus peniques, cuyo tiempo se consagra á los negocios.

Los medios de comunicación forman uno de los principales elementos de la civilización inglesa que procede como la civilización romana.

Así, cuando el propietario de un terreno emprende la construcción de un nuevo barrio sobre este terreno, no comienza por concentrar un ejército de albañiles y de carpinteros. Su primera operación consiste en dirigir una línea de ómnibus sobre el punto en que se quiere construir. Una casucha indica la estación, se improvisan algunos edificios para recibir los conductores y empleados en la estación; un *public house* abre la oficina, y al poco tiempo, se ven surgir como por encanto casas, *square* y faroles de gas en ese barrio que los ómnibus han hecho accesible.



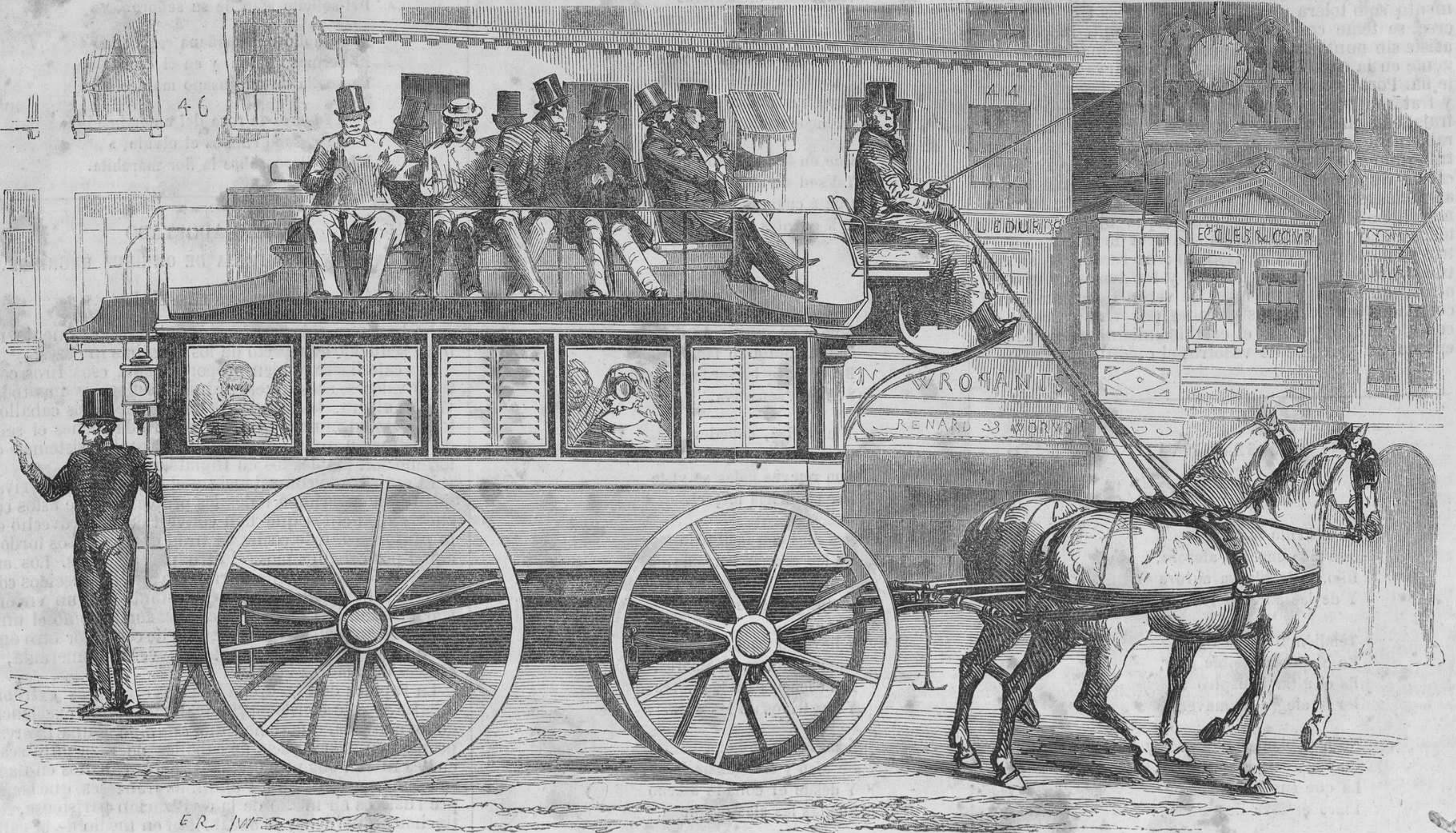
Corte interior.

Los ómnibus de Londres constituyen un conjunto de empresas prósperas y lucrativas, que reclamaba sin embargo mejoras para las que ha servido de modelo la organización de los ómnibus parisienses.

Durante su última permanencia en París, los ingleses han podido observar las ventajas bien planteadas

ches, ventajas todas especialmente inglesas, van á ser duplicadas por la organización francesa, y de aquí á poco tiempo el atareado público de Londres recogerá frutos positivos y numerosos producidos por la buena armonía de dos pueblos dotados de todas las aptitudes industriales.

P. V.



Elevación exterior.